

SÒLO UN PLANETA

CLARK CARRADOS

Sólo un planeta

Sólo un planeta

por

Clark Carrados

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 14426 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. – T. Llorente 13 — **BARCELONA**



CAPÍTULO PRIMERO



L operador de la torre de mando del aeródromo estaba ronco. El mayor Lundigan, jefe del personal de vuelo, estaba ronco. El coronel Dawson, comandante de la base aérea de Rosswell, en Nuevo México, estaba ronco. Y sucesivamente, todos los escalones superiores, que empezaban con el general jefe de la circunscripción aérea de aquella zona y terminaban en el secretario de Defensa de los Estados Unidos, estaban roncos.

No se trataba de ninguna epidemia motivada por alguna nueva especie de virus desconocido. La ronquera que atacaba a todos aquellos hombres sólo tenía una causa y bien visible por cierto: un aparato volador como jamás se había visto, a no ser en los dibujos salidos de las desbordantes fantasías de quienes ilustraban las historias de «science-fiction». En resumen, era un platillo volante el que provocaba aquella afonía, junto a la cual había mezclada una buena dosis de cólera y rabia, en absoluto disimulada, todo lo cual era provocado por las desatentadas evoluciones del aparato volador, que revoloteaba desde hacía cuatro o cinco horas por encima de la base, sin que ninguno de los medios conocidos hasta entonces, empezando por las órdenes radiales, continuando por las señales ópticas y terminando por los ataques de cañón y ametralladoras pesadas, hubieran dado el menor resultado para lograr su aterrizaje.

Todos cuantos observaban los absurdos movimientos del disco volante hubieran jurado, de no haber sabido que aquel artefacto no estaba construido en la Tierra, que se hallaba manejado por una dotación de dipsómanos

empedernidos, los cuales estaban pasando el mejor rato de su vida, divirtiéndose con los apuros del personal de la Fuerza Aérea estadounidense que los contemplaba.

Harto ya de todo, el coronel Dawson golpeó duramente con el puño la mesa que tenía al lado.

—¡Es preciso hacer algo! —gritó, a punto de volverse loco—. ¡Esos tipos se están burlando de nosotros!

—Acaso no han sabido entender nuestras señales— sugirió respetuosamente el mayor Cornell, su ayudante.

—¿Cómo no han podido entender lo que les hemos dicho? El piloto más idiota sabe qué es una barrera de fuego antiaéreo y Un ataque masivo de cazas, disparando por todas sus armas de a bordo— estalló el coronel—. Si esos hombres tuvieran un adarme de sentido común, ya haría rato que estarían en una de las pistas del aeródromo. Han recibido al menos cincuenta impactos directos, cosa que hubiera bastado para hundir a un «Forrestal»... ¡y todavía siguen ahí!—rugió Dawson—. ¿Qué clase de hombres son, quiere decírmelo, Cornell?

Éste miró gravemente a su jefe.

—¿Acaso son «hombres», señor? — dijo, pensativamente.

Dawson miró muy sorprendido al mayor.

—¿Qué demonios quiere usted que sean, Cornell?

—No lo sé, coronel. Pero dada la increíble resistencia de ese artefacto, que no parece haber sido manufacturado en nuestro planeta, es de suponer que sus ocupantes tampoco sean terrestres.

—¿También usted cree en esas fábulas, mayor?— preguntó el coronel burlonamente.

Pero el rostro de Cornell no parecía reflejar el menor signo de broma.

—Debiéramos fijarnos en la fecha, señor. Estamos a 15 de septiembre de 1971. El 10 de agosto último, Marte alcanzó su menor distancia a la Tierra, con cincuenta y seis millones doscientos mil kilómetros entre uno y otra. Es la época apropiada para que los marcianos, si existen, envíen sus naves de visita a nuestro mundo.

Dawson soltó un bufido.

—¡Tonterías, Cornell! ¡No hay seres vivientes en Marte, a no ser que llame usted así a unos cuantos líquenes que apenas si pueden subsistir sobre el arenoso suelo! ¡Esos tipos son...!

El coronel se interrumpió, mordiéndose los labios de ira. El disco volador, cuyas dimensiones eran de unos veinte metros de diámetro por cinco o seis de grueso, había emprendido un rapidísimo descenso, seguido en el por media docena de «Sabréjets» F-300, que lo rodeaban materialmente, impidiéndole, en apariencia, escapar por ninguna parte. Un agudísimo chillido horadó el

aire, martirizando cruelmente los tímpanos de cuantos estaban presenciando la escena.

—¡Cuidado! — aulló el operador de radio—. ¡Se nos echa encima!

Dawson se agarró a la mesa con ambas manos. El disco, brillante como si estuviera construido de plata pura, se descolgó raudamente del cielo, amenazando con estrellarse contra las edificaciones del aeródromo, por los megáfonos del centro de comunicaciones se oían las voces de los pilotos, tratando de dar instrucciones a los tripulantes del disco, formando una estruendosa algarabía. Pero éstos no parecían hacer el menor caso de las mismas y continuaban su velocísima caída.

Súbitamente, el disco refrenó su marcha, de tal modo que, quedándose rezagado, dejó que los «Sabrejets» le rebasaran en varios miles de metros al menos. Ello no obstante, continuaba descendiendo con bastante rapidez, la suficiente para provocar una espantosa catástrofe si el choque se consumaba.

En el último momento, el disco se remontó ligeramente. Sin embargo, había perdido ya demasiada altura y, aun volando en sentido horizontal, no pudo evitar el choque contra una de las torres de radar, llevándosela por delante, en medio de un horroroso estrépito y multitud de restallantes chispazos, de gran luminosidad, pese a la intensidad de la solar. Siguiendo su camino, y dejando tras sí un ancho panorama de destrucción, el disco perdió aún más altura, desconchando una esquina de un edificio, que voló en cascotes. Recobró la línea horizontal, pero sin tropezar con nada, despejando una de las pistas que estaba atestada de personal de vuelo. Los hombres corrieron despavoridos en todas direcciones, para no ser alcanzados por aquel diabólico artefacto, que parecía burlarse de ellos, y luego, el disco rozo el alto timón de un superbombardero B-97, partiéndolo en dos, como si hubiera sido de simple chapa de madera. Tropezó con los hilos de una antena de radio, cortándolos con la misma facilidad que si hubieran sido de algodón; estuvo a punto de nevarse por delante a un «Sabrejet», cuyo piloto se las vio y se las deseó para esquivar el choque, mediante una loca maniobra, que en cualquier otra ocasión le hubiera costado una buena reprimenda; arrancó de cuajo la antena de la televisión directa del campo con la jefatura de la zona y, por último, tan indemne como si no hubiera ocurrido nada, volvió a ganar altura, al mismo tiempo que aumentaba su velocidad.

El coronel Dawson se tiró literalmente de los pelos al ver los destrozos que le había causado en la base aquel diabólico ingenio, y luego, rojo de ira, tomó una decisión.

—¡Cornell, pida comunicación directa con el secretario de Defensa!

—¿Qué va usted a hacer, señor?

—-Pedir autorización para que me dejen largarles a esos tipos una bomba atómica. Si después de esto, siguen todavía con vida, yo...

—Pero eso no puede hacerse aquí, señor —objetó Cornell—. Correríamos

riesgo de perjudicarnos a nosotros mismos.

—Haré que los «Sabrejets» se lo lleven a una altura suficiente para que no puedan alcanzarnos los efectos de la explosión. Y haré que la bomba estalle en sus narices, a ver si así...

Cornell obedeció, meneando lúgubremente la cabeza, pues, en su opinión, no había nada que pudiera afectar a aquel aparato pero todavía no había tomado el auricular cuando sus ojos se dilataron.

—Creo que no hará falta lo que usted ha dicho, señor. ¡Mire, parece que bajan:

Dawson se echó los gemelos a los ojos. Su ayudante parecía tener razón: el disco descendía ahora casi verticalmente sobre el campo, con la misma velocidad que lo haría el ascensor de un rascacielos.

—Creo que va a aterrizar'—dijo Cornell; y el coronel no tardó en tomar una decisión.

—¡Comunicación con las fuerzas de tierra! — gritó.

Unos segundos más tarde varios camiones cargados con soldados armados hasta los dientes, sallan zumbando hacia el lugar donde se suponía que iba a tomar tierra aquel artefacto. Otros vehículos, remolcando piezas de artillería ligera y media, corrieron también hacía el mismo sitio, junto con unos cuantos coches plagados de periodistas y fotógrafos, tanto del Ejército como civiles.

Dawson y su ayudante descendieron las escaleras de la torre de mando, con riesgo de caerse y romperse la cabeza. Al pie de ella, les aguardaba un «neojeep», en el cual montaron de un salto. El coche partió raudo.

Un minuto más tarde, con gran lentitud, sin que, aparentemente le costara ningún esfuerzo, el platillo volante tocaba el concreto de una de las pistas. Instantáneamente cientos de bocas de fuego de todos los calibres lo rodearon en un círculo del cual no podía salir ningún ser vivo, a no ser que lo hiciera en condiciones pacíficas.

Dawson y Cornell descendieron del «neojeep», abriéndose paso entre las apretadas filas de aquel circulo de hierro. Ambos eran portadores de sendas pistolas automáticas del 45 y se detuvieron al llegar al borde interno del cerco de hombres y armas.

Durante unos segundos no ocurrió nada. De pronto, una escotilla empezó a abrirse en el casco del disco, girando parsimoniosamente hacia arriba. Quedó un negro hueco, con la suficiente altura para que pudieran pasar un par de personas a su través, sin que, de momento, se viera otra cosa. El silencio, absoluto, fue roto de pronto por el espasmo de una nerviosa tos que se oyó con la misma intensidad de un disparo de fusil

Súbitamente, dos personas, aparecieron en la escotilla del disco. Todos cuantos allí se hallaban presentes, aguardaban ciertamente la aparición de seres humanos tripulantes del extraño artefacto volador. Pero jamás con el

aspecto que tenían los recién llegados.

De todos los circunstantes, solamente los fotógrafos y «cameramen» de prensa y TV fueron les únicos que conservaron su calma, si calma puede llamarse al hecho de que hicieran trabajar activamente los objetivos y «flashes» de sus cámaras. En cuanto a los demás, aturdidos, estupefactos, abrieron todos a la vez sus bocas, olvidándose de las armas que tenían al alcance de la mano.

Un extraño sonido se oyó en aquel absoluto silencio. Era un ruido que salía de la garganta de aquellos dos seres, y en el que difícilmente podían reconocerse la letra y la música de una escandalosa canción, cuyo sugestivo título era el de Todas las mujeres están chifladas por mí.

La pistola del coronel Dawson cayó al suelo, pero no hizo nada por recogerla. Sólo fue unos segundos más tarde cuando reaccionó y empezó a lanzar bramidos por su boca.

—¡Arréstenlos! ¡Detengan a esos borrachos inmediatamente!— aulló.

Porque los supuestos marcianos no eran tales, sino dos terrestres cuyas ropas necesitaban urgentemente de un cambio total, sus barbas de una afilada navaja y su cuerpo de un buen baño, amén de un par de cubos de calé, con los cuales contrarrestar les perniciosos efectos de una botella de legítimo «whisky» que uno de ellos empuñaba por el gollete, y en la cual apenas si se veían ya unas cuantas gotas del preciado licor.

* * *

Demosthenes Franklin John Bancroft, más conocido entre sus amistades por el diminutivo de Mosty, sacó la lengua y empezó a relamerse los labios por anticipado, al contemplar el dorado color y oler el delicioso aroma de la liebre que, atravesada por una rama verde, estaba terminando de asarse sobre un rojo fuego de brasas, en uno de cuyos lados había una cafetera llena de líquido, que ya empezaba a burbujear. Al lado tenía una sartén, en la cual había preparado unas cuantas «tortillas» con harina y grasa de tocino, con todo lo cual pensaba darse un banquetazo del que según pensaba, el mismo Lúculo habría sentido envidia.

Mosty Bancroft vestía una simple camisa a cuadros, unos pantalones al estilo vaquero y unas fuertes botas, cubriéndose con un raído sombrero de anchas alas y sudada badana todo lo cual parecía constituir su única indumentaria, aparte de dos mantas que yacían a un lado y con las cuales se cobijaba cuando el fresco de la noche apretaba un poco más de lo normal en aquella época en que el verano neomexicano ya tocaba a su fin.

A lo lejos, las aguzadas cumbres de los Montes Sangre de Cristo enrojecían por influjo de los rayos del sol poniente, en tanto que, a pocos pasos del lugar en que se hallaba, rodeado, por matorrales de escasa altura, muy espesos, sin embargo, corrían las murmurantes aguas de un arroyuelo, que lo mismo le servía para beber que para sus abluciones. Después de la

cena, fumaría un par de pipas con toda tranquilidad, y luego dormiría tranquilamente hasta la llegada de un nuevo día que, a juzgar por los síntomas, prometía ser tan radiante y esplendoroso como el que estaba concluyéndose en aquellos momentos.

Terminado el asado, cogió la rama en que estaba ensartada la liebre y se dispuso, tras colocarlo en una pequeña plancha de hoja de lata, a hincarle el diente, sin más preámbulos.

En aquel momento, y al otro lado del arroyo, alguien hizo su aparición. Mosty detuvo el gesto, profundamente asombrado de que alguien estuviera tan loco como él para merodear por aquellos lugares.

El recién llegado era Un hombre de mediana estatura, fornido, de unos cincuenta años de cdad, pero conservando aún la mayoría de su vigor físico merced a la incesante vida campestre que llevaba. Arrastraba tras sí una pequeña recua de dos asnos, cargados hasta los topes, y este detalle, amén de una sucia camisa a cuadros, un sombrero tan ajado como el suyo y una barba más blanca que negra, indicaron a Mosty que se hallaba ante un gambusino o buscador de oro, raro ejemplar de una profesión que parecía haberse extinguido.

Los vivaces ojillos del barbudo contemplaron con alegría el cuadro que se les ofrecía. Azuzó a los asnillos, y cruzó el arroyo, sin importársele, un ardite el hecho de que sus piernas se le mojaran casi hasta los muslos.

—¡Hola, amigo! —saludó alegremente— Me llamo Ed Weston, ¿Estorbo?

Mosty sonrió y correspondió al gesto amistoso con otro similar. Dio su nombre y agregó:

—Siéntese, señor Weston. Creo que habrá suficiente cena para los dos.

—Gracias, Mosty — dijo el gambusino—, pero apea el tratamiento y llámame Ed a secas. Aguarda un momento a que arregle a los burros y en seguida voy contigo.

Diez minutos más tarde, los dos hombres devoraban la cena con el apetito propio de los habitantes de aquellos lugares, y solamente un cuarto de hora más tarde, cuando ya no quedaban apenas más que un par de tazas de café, Weston abrió la boca.

—Gracias otra vez. Mosty. Realmente tenía apetito. Esa liebre estaba muy sabrosa. ¿Cómo la cazaste: a tiros?

—No, con esto — sonrió Mosty, enseñando un arma terriblemente primitiva: una honda.

El viejo silbó.

—¡Diablos, sí que eres un tipo raro! ¿Es que no tienes un mal revólver que usar?

—¿Para qué, si esto me sirve lo mismo? ¿Es que piensa usted robarme?

La boca de Weston se torció en un gesto de repugnancia.

—Yo no soy de esos tipos, Mosty. Me conformo con lo que obtengo de mi trabajo, ¿sabes?, y no tengo necesidad de que un día un juez me obligue a bajar la cabeza, ¿comprendes?

—Sí, pero... su trabajo — observó Mosty —poco fruto le da.

Weston se miró a sí mismo, dándose cuenta de su desastrado aspecto. Lanzó un bufido de desprecio.

—¡Bah! Algún día encontraré un rico filón, y veremos entonces quién se harta de reír, Mosty. Pero, en cambio, tú eres joven y... ¿puede saberse qué diablos haces por estos andurriales? Tampoco andas muy arreglado en tu aspecto que digamos, e igualmente necesitas de los servicios de un barbero. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

Mosty se acarició pensativamente el vello del mentón, producto de dos semanas sin afeitarse, y sonrió:

—Estaba harto de civilización—dijo — y quise pasarme una buena temporada en el campo, ¿sabe? Pero no en ese campo artificial de cinemascope y demás zarandajas, sino en el legítimo, en el auténtico. En este — golpeó la tierra con la mano al mismo tiempo que hablaba para dar más realidad a sus palabras—, en el que nos hallamos, ¿comprendes, Ed?

—Seguro— dijo el gambusino—. Estás harto de las máquinas de afeitar, ¿no es eso?

—Algo por el estilo — repuso el joven, sacando una bolsita de tabaco y pasándosela a Weston.

Encendieron ambos sus pipas y durante unos momentos fumaron silenciosamente.

Después reanudaron la conversación, que se desarrolló en términos tan amistosos como si, en lugar de haberse conocido una hora antes, fueran amigos de toda la vida. Charlaron largo rato y, al cabo, fatigados, dispusieron lo necesario y se echaron a dormir.

Lo hicieron profundamente, y su sueño no hubiera tenido la menor interrupción de no haber sido porque, ya cerca del alba, un ruido extraño les despertó.

Ed Weston se sentó en el suelo, amartillando el percutor del viejo Colt 44 fronterizo, que había dejado al alcance de la mano. Miró al joven inquisitivamente.

—¿Qué diablos es esto, Mosty?

El ruido era un agudísimo silbido, que aumentó de tono hasta casi romperles los oídos. De pronto, se transformó en un rugido y, antes de que pudieran averiguar su causa algo que parecía un enorme plato de fuego, apareció por encima de los árboles.

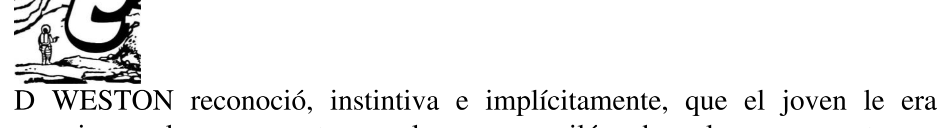
—¡Al suelo, Ed!— gritó Mosty, y se cubrió la cabeza con las manos.

Aquel horno volante rugió ensordecedoramente por encima de sus cabezas.

Quemó las copas de unos cuantos árboles, volatilizándolas casi instantáneamente, y luego, de repente, con un horrísono fragor, se abatió contra el suelo.

Cuando Mosty y Ed se hubieron recobrado del susto que acababan de pasar se miraron primero mutuamente, y luego hacia el lugar donde parecía haberse estrellado aquel artefacto. Allí se elevaba una columna de humo que era fácilmente visible a la luz de las estrellas, que ya empezaban a palidecer con la llegada del nuevo día.

CAPÍTULO II



D WESTON reconoció, instintiva e implícitamente, que el joven le era superior en algunos aspectos, por lo que no vaciló en hacerle una pregunta:

—Mosty, ¿qué hacemos? El aludido no tardó mucho en contestar. Se agachó en el suelo, tomando media docena de guijarros, que guardó en sus bolsillos y, con la honda en la mano, en forma precautoria, dijo:

—Ver lo que ha pasado ahí, ¿no te parece?

Weston tragó saliva.

—Mosty, ¿y si ese artefacto fuera un... un platillo volante, de esos que hablan tanto los periódicos, diciendo que acaso estén tripulados por seres con inteligencia?

—En todo caso, no demuestran tenerla muy desarrollada, viniendo a parar

a un mundo tan repugnante como éste—mascullό el joven—. Pero mejor será que vayamos a comprobarlo.

—¿Y sí nos atacan? Recuerdo que, cuando era muy pequeño, vi una vez una película en donde salía un plato volador igual que éste, y cuyos ocupantes mataban a cuantos estaban próximos a él. Un hombre es siempre un hombre, Mosty, pero eso...

—Vamos, hombre—le animó el joven—; con esa pieza de artillería, ¿vas a tener miedo de cuatro marcianos?

Aquello pareció espolear al viejo. Con la mano izquierda tiró hacia arriba de los pantalones y gruñó:

—Todavía ha de nacer el hijo de mujer que ha de llamarme cobarde. ¡Andando, Mosty!

Caminando con la natural prevención, se abrieron paso entre la hojarasca de los matorrales, hallando al poco rato un ancho sendero causado por el fuego que había consumido los vegetales de modo tan radical que apenas si quedaba de ellos otra señal que un negro espacio con la anchura de una autopista. Siguiéndolo, no tardaron en situarse a corta distancia de la enorme mole del artefacto que había caído allí.

El disco había perdido por completo su color rojo y había tomado otro plateado, brillante, refulgente, sin el menor deterioro en su superficie. En la parte superior se veía una pequeña prominencia de lo que parecía ser un cuarto de derrota o control, pero, salvo esto, nada más que pudiera darles un indicio se advertía en la superficie sin accidentes del aparato.

Weston se llevó la mano a la nuca, rascándosela con aire de desconcierto. Dijo:

—Mosty, amigo, que me ahorquen de un álamo si esto no es un perfecto ejemplar de plato-volador, tal como lo he visto en esos dibujos fantásticos que ahora abundan tanto.

—Lo mismo opino yo, Ed — contestó el joven, profundamente intrigado —; y créeme que daría algo buena por ver lo que hay dentro.

—Esto no me gusta—mascullό Weston—. Y si he de decir verdad, me gustaría estar a cien millas de aquí, Mosty.

—Eso no compagina con lo que afirmaste antes de tu valentía, Ed.

—La valentía no es enemiga de la prudencia, Mosty.

—Bueno, pues yo digo opinando que lo mejor será que examinemos este artefacto antes de ir a dar cuenta del hallazgo. Estoy seguro de que, en cuanto se sepa, toda la Fuerza Aérea y un millón de periodistas y fotógrafos se van a volcar en este sitio. ¿Vamos, Ed?

A regañadientes, el gambusino siguió a su joven amigo, no sin tener dispuesto el revólver para cualquier evento. La luz del día ya se acentuaba y permitía ver más detalles del aparato, que permanecía quieto, silencioso, sin

que su aspecto exterior permitiera adivinar su contenido.

—Se habrán matado los tipos que lo pilotaban— aventuró Ed.

Pero Mosty no contestó. Continuó rodeando el enorme disco, cuyo resplandor aumentaba junto con la luz diurna, hasta que, de pronto, deteniéndose, lanzó una exclamación, casi un grito:

—¡Mira. Ed!

—¿Qué ocurre, Mosty? — preguntó el gambusino alarmado.

El joven no le contestó. Guardándose la honda en el cinturón, se acercó a la enorme mole metálica, en un sitio en el cual se veía una solución de continuidad en su pulida superficie, en forma de grieta de unos cinco centímetros de anchura.

—Esto debe ser la puerta de acceso — murmuró el joven, acercándose aún más, cosa que provocó un alarido de advertencia de Weston.

—¡Atrás, Mosty, atrás!

Pero éste no hizo el menor caso. Saltó, quedando colgado por los dedos, de aquella hendidura y, de pronto, sintió que aquello cedía bajo el peso de su cuerpo. Siguió haciendo fuerza hasta que la escotilla quedó con la suficiente abertura como para poder pasar a su interior.

Y Mosty se dispuso a hacerlo. Pero en el momento en que ya adelantaba una pierna, la mano del gambusino le detuvo por la camisa.

—Mosty, amigo, no te conozco más que desde hace unas pocas horas, pero ya te he cobrado un gran aprecio. Sé prudente y larguémonos de aquí los dos.

El joven sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡Rayos, no, Ed! Si este artefacto no ha sido construido en la Tierra, yo quiero ser el primer hombre en penetrar en su interior. Y tú serás el segundo... si no te rajas, claro está.

Weston apretó los labios.

—Anda. Si hay algún marciano y protesta, le enseñaré el sabor de una onza de plomo terrestre. ¡Pasa ya, Mosty!

Entraron uno tras otro. Inmediatamente se hallaron en una especie de antesala de forma pentagonal, con suelo y paredes de un metal rarísimo, muy brillante, pero que, sin embargo, no causaba el menor daño a la vista y que, al mismo tiempo, parecía hecho de un vidrio durísimo, cuya composición intrigó no poco al joven.

De allí pasaron a otra cámara de la misma forma adonde apenas si llegaba ya la luz del día, pero que, detalle en extremo sorprendente, disfrutaba de una clarísima iluminación que no parecía nacer de ningún punto determinado y que tampoco causaba daño a la vista, antes al contrario, parecía descansarla y aliviarla en sumo grado. En cada uno de los lados del pentágono, cuyo diámetro mediría seis o siete metros, se veía una puerta cerrada en apariencia, y en el centro, una pequeña escalera de caracol de amplios peldaños, cuya

parte superior se perdía en la cúspide del artefacto, a tres metros de altura.

—¿Se habrán echado a dormir estos marcianos?— preguntó Ed, entre asombrado y socarrón.

Mosty no contestó. En lugar de ello, se dirigió hacia una de las puertas y la abrió. Sus ojos captaron rápidamente la imagen de una cámara en la que solamente podía alojarse una persona, y cuyo mobiliario, de forma extrañísima, parecía, no obstante, servir a las necesidades de un cuerpo humano. En el extremo opuesto a la puerta se veía un amplio ventanal de forma pentagonal, aunque muy alargado, a través del cual se divisaban los picos de la Sierra, recortados por los rojos rayos del sol que nacía.

La cámara estaba absolutamente desierta, y en la litera, estrecha, pero de indudable comodidad, no había nadie. Todo se encontraba en perfecto orden, como si solamente se aguardara a los tripulantes del disco para emprender un largo viaje por el espacio.

—Es extraño — murmuró Mosty—. Vemos lo que ocurre afuera desde dentro, pero desde afuera no nos pueden ver a nosotros. ¿Qué imaginación tan poderosa habrá sido capaz de crear un ingenio como éste, Ed?

Pero el gambusino no le contestó. Sorprendido, Mosty levantó la cabeza, dándose cuenta de que estaba solo en la cámara. Salió fuera y encontró a su amigo revolviéndolo todo en busca de un indicio que permitiera saber algo de los ocupantes de aquel aparato.

—Aquí no hay nadie, Mosty — dijo Ed, reuniéndose con él al pie de la escalera después de haber examinado las demás cámaras.

Mosty miró hacia arriba. La distancia que les separaba era de unos tres metros. Sin pronunciar palabra, puso el pie en el primer peldaño.

El gambusino le siguió. Diez segundos más tarde, comprobaban, con gran estupor, que la nave estaba absolutamente deshabitada de otros seres que no fueran ellos mismos.

—No lo entiendo — dijo Mosty, rascándose una mejilla—. No lo entiendo. A la velocidad que traía este aparato, debiera haberse hecho mil pedazos y, sin embargo, ya lo ves: como si no le hubiera ocurrido nada.

—Seguro que venían dentro los marcianos y que son unos seres que al morir desaparecen. Como seguramente se mataron con el choque... — aventuró Weston, pero calló ante la furibunda mirada que le arrojaba el joven.

Después de aquello, Mosty y Ed estudiaron el interior de la cabina, también de forma pentagonal, excepto la cúpula superior, que era de forma semiesfériea muy achatada. Todo se veía perfectamente desde aquel lugar, pero este detalle ya no le interesaba al joven, sino el singular cuadro de mandos que tenía frente a sí.

Era una especie de plano inclinado que empezando en uno de los mamparos que formaban el pentágono, concluía a medio metro del suelo,

desde donde continuaba en sentido vertical. Sobre él, y en forma también vertical, había una especie de placa, de un diámetro de metro y medio, de vidrio que parecía deslustrado y que, contrariamente a los demás, no daba paso a la luz, aunque parecía haber una muy tenue en su interior, al otro lado. En el plano inclinado, se veían siete hileras de diminutos polígonos, también de cinco lados cada uno, y en cada hilera se podía advertir un color distinto, algunos ellos de una tonalidad jamás vista por ninguno los dos hombres, siendo nueve, en total, el número de hileras. Aquellos diminutos pentágonos estaban separados entre si por un estrecho espacio de apenas un milímetro, sobresaliendo otro tanto del nivel general del plano en que se hallaban.

Mosty intuyó que se hallaba ante el cuadro, de mandos del artefacto, en donde no se veía la menor cifra o signo que pudiera darle una indicación de cómo se manejaba, y esto le afirmó en su creencia de que aquel aparato no había sido construido por manos terrestres. Prudentemente, sin embargo, se abstuvo de tocar nada, y durante unos segundos permaneció allí, en silencio, profundamente pensativo. De pronto, Weston dijo a sus espaldas — Me voy, Mosty.

—¿Adonde?—preguntó el joven extrañado.

El buscador de oro le guiñó un ojo.

—Tú y yo — contestó —, hemos sido los primeros nacidos en la Tierra que han pisado jamás un disco volante. Vamos a celebrarlo, pues la cosa lo merece. No te muevas de aquí; vuelvo en seguida.

Weston reapareció diez minutos más tarde, con una botella de licor en las manos. Pero no tuvo tiempo de abrirla.

Repentinamente, la pantalla circular que había sobre el tablero de mandos se encendió. Más exactamente sería decir que aumentó su luminosidad, pero de una forma suave, en modo alguno dañosa. Permaneció unos momentos así, brillando con una dulce luz blanca y, de pronto, algo apareció exactamente en su centro.

Era un pentágono de color rojo brillantísimo que fue aumentando de tamaño hasta alcanzar casi el de la pantalla, en cuyo momento desapareció. Inmediatamente después, otro polígono de la misma forma apareció, convertido en un puntito diminuto, de color violeta, que ganó las dimensiones de veinte centímetros, desapareciendo para dejar paso a otro de color verde intenso.

Éste último aumentó hasta el metro, esfumándose acto seguido, después de haber durado su aparición únos dos segundos aproximadamente. Le siguió uno amarillo brillante.

Los polígonos no eran macizos, sino simplemente señalados por rayas de modo que el interior de su superficie quedaba completamente blanco. Las rayas que delimitaban su figura empezaban siendo muy finas, y a medida que el pentágono aumentaba de tamaño, ellas también aumentaban de anchura,

llegando hasta el máximo de tres o cuatro centímetros. Los tonos eran purísimos, maravillosos, como jamás hubiera soñado Mosty en contemplarlos en su vida, diciéndose que no había paleta de pintor capaz de reproducirlos ni aproximadamente tan siquiera. Era verdaderamente increíble.

A veces, antes de que se extinguiera uno de los polígonos, otro aparecía en su interior, raramente del mismo color, casi siempre de otro, y con el que contrastaba vivamente. En sí, ver aquello era un maravilloso espectáculo que sumió a los dos hombres en un silencio respetuoso, casi religioso.

De pronto, Weston habló. Tras un par de carraspeos para aclarar su garganta, dijo:

—Mosty, ¿qué crees tú que puede ser eso tan bonito que estamos viendo?

El joven ya tenía una opinión formada acerca de aquel raro fenómeno, y por ello su contestación fue rápida.

—Con toda seguridad, el modo de transmitir y comunicarse de los seres que fabricaron y viajan a, bordo de estos artefactos, Ed.

—Vamos, su aparatito de radio, ¿no? — murmuró, zumbón, el buscador de oro.

—¡Ajá!

—¿Y cómo rayos se les contesta?

Con un gesto de su mano, Mosty señaló el panel multicolor,

—Con esto, Ed —dijo.

—¿Sí? ¿Y crees que nos estarán llamando ahora, Mosty?

—Posiblemente, pero no a nosotros, sino a los ocupantes de este aparato, los cuales sólo Dios sabe qué fue de ellos y dónde fueron a parar.

—Pero tú no les irás a contestar, ¿verdad?— preguntó Ed, temeroso.

El joven no contestó. La pantalla acababa de apagarse y permaneció así por espacio de cinco segundos. Después volvió a iluminarse, y la sucesión de polígonos se repitió de nuevo.

Atento observador, Mosty dejó que el espectáculo policromo cesara una vez más. Sabía que volvería a repetirse y quiso grabar en su imaginación el orden en que aparecían los colores.

Cuando esto ocurrió, ya tenía un cabo de lápiz en la mano y la botella de licor en la otra. Ed protestó, aunque el joven no le hizo caso. No miró a la etiqueta, pero fue apuntando en ella, simplemente por sus iniciales, los colores que aparecían en la pantalla por tercera vez ya.

—Rojo... violeta... verde... — aquí puso una v y una r — amarillo... naranja... azul, azul, azul... rojo, rojo... violeta...

Al terminar sus ojos brillaban por la excitación.

—¡Ya está!—exclamó—. ¡Ya sé cómo comunicar con esos seres, dondequiera que estén! Deben poseer una inteligencia fabulosa para enviar

sus ondas desde tan lejos.

Con toda justicia, Weston empezó a alarmarse.

Su sarmentoso dedo índice señaló el multicolor panel.

—¿Mosty, ¿Quieres decir que vas a tocar eso?

—¡Pues claro que si! Repetiré los colores en la misma forma en que ellos nos los han transmitido y...

—¡No! ¡Me opongo a ello, Mosty! — exclamó enérgicamente el gambusino —. Es decir, cuando menos mientras yo esté aquí adentro, ¿comprendes? No me opongo a que te suicides, pero mi pellejo...

Mosty lo tomó por el cuello de la camisa.

—¿Es que no lo ves, Ed? ¡Es una ocasión única para nosotros! No hay duda de que nos están llamando desde otro mundo, sabe Dios desde dónde, y nosotros dos tenemos al alcance el ser los primeros en comunicar con estos seres de tan fabulosa inteligencia.

—Sí: y también tenemos el manicomio a nuestro alcance no lejos de aquí. Concretamente, en Alburquerque. ¡Adiós, amigo! — concluyó Ed en español, encaminándose decididamente hacia la enroscada escalera.

Sin hacer caso de las protestas cal gambusino, Mosty le volvió la espalda y empezó a oprimir con los dedos los polígonos del cuadro de mandos, procurando seguir rígidamente el orden da los colores que había visto en la pantalla, aunque, sin embargo, no estaba muy seguro de lo que podía suceder, ya que había una veintena de pentágonos por cada fila del mismo tono.

Súbitamente se oyó un seco chasquido. Al ruido se oyó un alarido fenomenal.

—¡Mosty, has cerrado la puerta! —aulló el gambusino, quien, un instante después, asomaba por la abertura que daba acceso a la escalera de caracol. En el interior del artefacto se percibía ya una clara vibración, muy tenue y sostenida, que no parecía capaz de provocar graves desórdenes en el organismo.

—¡Para ese endemoniado artefacto, por el amor de Dios! —chilló Weston.

—No sé—repuso el joven, notablemente desconcertado, y sus manos corrieron ahora un poco al albur sobre las filas de polígonos.

Repentinamente, algo les empujó hacia arriba. El ascenso fue tan brusco, que ninguno de los dos hombres pudo mantener el equilibrio, y ambos rodaron por el suelo, en medio de las maldiciones y juramentos que arrojaba el gambusino sin tasa ni freno alguno. Aturdido por el suceso, Mosty trató de incorporarse en tanto que sus pupilas captaban una gran excitación policroma en la pantalla visora.

Rehaciéndose, se puso en pie y miró a través de la cúpula transparente. El buscador de oro se arrojó a su lado y se tapó los ojos con las manos al ver el increíble espectáculo que se presenciaba desde aquel punto de observación.

En unos pocos segundos tan sólo, sin sentir el menor daño en sus organismos, habían alcanzado una altura exorbitante. Dentro del aparato no se habían percibido los efectos de la terrible aceleración que les había hecho recorrer tan enorme distancia en aquel cortísimo espacio de tiempo, pero los ojos asombrados de la pareja contemplaron un panorama que hasta entonces a sólo muy contados seres humanos había sido dado contemplar.

La curvatura del planeta se divisaba perfectamente, difundida en su término por las capas inferiores, más densas, de la atmósfera. Hacia el norte y un poco al este, se veían las primeras estribaciones ele las Rocallosas, al pie de las cuales empezaban las grandes llanuras de Kansas. Bajo ellos, grandes hilachas blancas ocultaban a medias las serranías neomexicanas, en tanto que hacia el oeste se divisaba claramente la irregular línea negra que delataba la enorme hendedura del Gran Cañón, en el lago Meade. El brazo de la Baja California aparecía un poco esfumado, ya hacia el sur, entre los espesores gaseosos de la atmósfera y las nubes que emblanquecían el suelo bajo ellos. Al oeste, el Pacífico brillaba rutilantemente, contrastando con la verde franja de la costa californiana, repleta de vegetación.

Mosty calculó su elevación en alrededor de unos cuatrocientos kilómetros y sólo el pensarlo le causó escalofríos. Casi sin saber lo que hacía, volvió a tocar los botones pentagonales e, instantáneamente, el suelo se les aproximó con fulgurante rapidez.

—¡Mosty, amigo mío! ¿Es que me quieres matar? ¿Te he causado yo algún daño? — clamó el gambusino, buscando frenéticamente algún sitio a donde poder asirse.

Y, de pronto, como el joven tocara un nuevo botón, dos asientos surgieron del suelo ante ellos, con invitante aspecto.

El descenso se redujo, quedando tan sólo a unos pocos kilómetros de la superficie. Cubierto su rostro por un sudor frío, Mosty se sentó ante el cuadro de mandos, enjugándose la frente con la manga de su camisa.

—Necesitó un trago, Ed — dijo.

—Y yo también— contestó el aludido, descorchando la botella.

Unos momentos más tarde los dos se sentían un poco calmados y contemplaban el suelo que se deslizaba lentamente bajo ellos.

La pantalla volvió a iluminarse nuevamente, sucediéndose los polígonos de colores en rapidísimas apariciones, mucho más que antes. De todo ello Mosty dedujo que ahora las llamadas eran mucho más apremiantes.

—Mosty, hijo, haz por que bajemos a tierra — gimoteó el gambusino—. Mi corazón...

—Tu corazón está tan fuerte como hace veinte años — repuso el joven —. Pero no puedo hacer otra cosa que tocar botones al azar, a ver si alguna vez tenemos suerte.

—«¡Santa María Purísima! —se tapó los ojos con las manos Weston, no queriendo ver lo que iba a pasar al darse cuenta de que los dedos del joven volvían a volar por el teclado.

De pronto los pentágonos de colores ss esfumaron en la pantalla, y en su lugar aparecieron unas rayas negras en zigzag, que surcaban el círculo deslustrado en todas direcciones, sin orden ni concierto, alocadamente. Los ocupantes del aparato se quedaron boquiabiertos al darse cuenta del nuevo fenómeno.

Las rayas negras continuaron apareciendo y desapareciendo durante un buen rato, preocupando grandemente a Mosty y a su compañero. Pero, súbitamente, un relámpago hirió sus ojos.

El fogonazo' duró apenas una décima de segundo, siendo sustituido al instante por una negra nubecilla que se quedó atrás rápidamente. El fenómeno volvió a repetirse multitud de veces, y entonces no le cupo a Mosty la menor duda acerca de lo que estaba ocurriendo.

—¡Nos están tiroteando! —gritó, provocando con su exclamación un nuevo acceso de pavor en su compañero.

De repente cesaron las explosiones de las granadas antiaéreas. Un potente «Sabrejet» apareció en el espacio, colocándose en unos segundos junto al disco. Tan cerca se situó, que desde la cabina los dos hombres pudieron ver con toda claridad el rostro del piloto que miraba ansiosamente hacia el disco, al mismo tiempo que se le veían ciertos movimientos en los músculos ele su rostro, que Mosty no tardó en averiguar a qué eran debidos.

—¡Nos están intimando a que aterricemos y esas rayas negras que vemos en la pantalla son la traducción de sus palabras! —dijo.

—¿A qué esperas, entonces?— gritó Ed.

El joven, sin dudarlo, volvió a tocar más botones.

Como si no hubiera existido nunca, el «Sabrejets» quedó atrás, en tanto que los cuerpos de los ocupantes del platillo eran arrojados contra el respaldo de sus sillones. Ed gritó y aulló, y Mosty, bastante aturdido, hizo describir al aparato un círculo completo al mismo tiempo que descendían.

—¡Cada vez entiendo menos esto!—gruñó, quejoso, y, viendo que Ed tenía la botella en las manos, se la arrancó de un tirón.

El disco se inclinó hacia un lado, y entonces vieron bajo ellos a unos cuantos miles de metros de distancia las instalaciones de una base aérea. Numerosos aparatos despegaban a toda prisa de ella y algunos estaban ya a punto de darles alcance.

—Mosty, hijo mío, diles que somos amigos, que no hemos venido de Marte. De lo contrario, nos asarán y... ¡Dios mío... ahí vienen!

Ellos no oían otro sonido que el de sus propias voces, pero los reactores aullaban en el espacio al aproximárseles a una velocidad de 2 «mach» (1) al

menos. Bruscamente, las alas de los «Sabrejets» parecieron arder, al mismo tiempo que numerosas columnitas de humó se encaminaban, rectamente hacia ellos.

El disco trepidó ligeramente cuando los potentes cohetes hicieron explosión contra su casco. Mosty y Ed se encogieron en sus asientos instintivamente, pero cuando vieron que no les había ocurrido nada se miraron el uno al otro, lógicamente maravillados,

Y este asombro aún les había de durar mucho tiempo.

CAPÍTULO III



O es necesario seguir relatando al detalle hechos que aún están en la memoria de todos cuantos leyeron los periódicos de aquella aún cercana época. Las piruetas del plato volador, al que ninguno de los proyectiles conocidos, de

grueso o pequeño calibre, excepción hecha de los nucleares, que, por su proximidad a centros habitados, no se pudieron usar, causó el menor daño; los destrozos ocasionados en la base aérea de Rosswell y la sensacional aparición de los dos «marcianos», bastante achispados y cantando a voz en cuello aquel indecente cuplé, fueron inagotable tema para gastar en él mares de tinta y bosques enteros del Canadá y Suecia convenientemente transformados en papel.

Un poco menos públicas, por supuesto, fueron las investigaciones que la Fuerza Aérea y otros organismos que no es prudente mencionar aquí hicieron acerca de los dos originales tripulantes del disco, cuya fama recorrió en contadas horas toda la redondez del orbe. Mucho más secretos, es fácil de imaginárselo, fueron los estudios que se hicieron del singular artefacto volador, por legiones de sabios y científicos, no sólo yanquis, sino también de otros países, hechos venir ex profeso para el caso. Dado que el artefacto no parecía haber sido construido en la Tierra, y que su metal parecía indestructible, sin que se hubiera conseguido tan siquiera desmontar el panel de mandos para ver lo que había bajo el, el gobierno de los Estados Unidos creyó prudente, a fin de aliviar la endémica tensión de sus relaciones con la U.R.S.S., invitar también a unos cuantos científicos rusos, los cuales, desde luego, quedaron tan en ayunas como sus colegas americanos y de los demás países. Lo único que consiguieron averiguar unos y otros fue que desde el exterior no se veía nada y que, en cambio, desde adentro, se veía todo tan claramente como si no existiera la menor barrera sólida hecha de aquel metal cristalizado, cuya composición no hubo medio de averiguar. Esto quedó siendo un misterio.

Prudentemente se prohibió tocar ninguno de los pentágonos del cuadro de mando, a fin de no provocar el despegue del artefacto. Observadores permanentes fueron instalados allí, en espera de ver aparecer algunos de los polígonos multicolores, cosa que no sucedió, por más que algunos tuvieron que recurrir a los servicios del oculista, tras permanecer horas y horas con la vista fija en la pantalla, en la cual únicamente, y cuando se emitían ondas radiales, podían verse aquellos curiosos trazos negros, tan parecidos a pinceladas, que no parecían tener significado alguno, siendo su tamaño y velocidad de aparición y desaparición variables según la longitud de onda empleada.

Aquellos trazos negros fueron filmados, incluso con cámaras de máximo retardo, para ser examinados posteriormente por pacientes especialistas, los cuales no consiguieron otra cosa que proporcionar un dividendo extra a los accionistas de fábricas de calmantes contra el dolor de cabeza. Los trazos negros, pese a repetirse, como «test», las mismas frases de modo exhaustivo, no se repetían nunca, aunque las palabras fueran idénticas. Al fin, varias semanas más tarde, el interés oficial per aquel artefacto — ya el particular lo había hecho bastante antes — empezó a decaer, y alguien habló muy seriamente de llevarlo a la Institución Smithsoniana, junto al avión de

Lindbergh y el primer cohete que alcanzara los mil kilómetros con un hombre a bordo, pero la idea, si alguien se dignó tornarla en cuenta, no pudo ser llevada nunca a la práctica.

El plato estaba celosamente custodiado en un cobertizo especialmente construido para él en un alejado rincón de la base de Rosswell. Gracias a ello no ocurrió una verdadera catástrofe cuando, un buen día el soldado Jabez vio que el tono habitualmente plateado del aparato empezaba a desaparecer, transformándose en uno rojizo de muy mal agüero.

El soldado Jabez llamó a gritos a su sargento. Éste, tras percatarse del extraño fenómeno, y darse cuenta de que el aparato, a medida que iba enrojeciendo cada vez más, provocaba un intenso aumento de la temperatura en torno suyo, tomó una decisión que, si luego hubo de parecer sensata, en aquellos momentos creyó le iba a, llevar ante un Consejo de Guerra.

—Jabez, esto no me gusta nada — mascullό. Tomó el teléfono que tenía al alcance de la mano, comunicó con el ayudante del mayor Dawson, participándole lo que ocurría, y luego, dándose cuenta de que tenía las espaldas más calientes de lo que convenía, dijo— ¡Muchacho, esto va a hacer pum! ¡Larguémonos!

El soldado Jabez hacía ya tiempo que estaba deseando cumplir la orden que el sargento acababa de darle, y por ello no aguardó a que se la repitieran. Jabez permaneció agradecido a su sargento durante el resto de sus días, porque éste acababa de salvarle la vida, al mismo tiempo que hacía lo propio con la suya y, en efecto, apenas habían corrido desesperadamente un centenar de metros, cuando el suelo pareció abrirse detrás de ellos.

Ni el sargento ni Jabez lo vieron, pero cuantos desde un sitio más seguro vieron el espectáculo, declararon después que había surgido en el sitio que antes ocupara el disco volador un chorro vertical de llamas, que alcanzó varios centenares de metros de altura, alumbrando el terreno con una luz doble que la del sol durante una décima de segundo, al mismo tiempo que se oía un sonido que no podía confundirse con una rotunda explosión, sino que más parecía un colosal rebufo, en modo alguno dañino para el oído.

Una ola de fuego abrasador derribó por tierra al sargento y a Jabez, los cuales fueron zarandeados durante unos terribles segundos por aquel ardiente vendaval, que les causó ligeros daños y algunas quemaduras, de la que fueron fácilmente curados en el hospital. Pero, cuando todo hubo pasado, cuando los servicios de socorro acudieron al lugar donde había estado el disco volador, no encontraron otra cosa que unos cuantos fragmentos de las paredes del cobertizo, nada del techo y un monumental cráter de unos treinta metros de anchura por la mitad de profundidad, negro, terriblemente quemado todo el terreno, con indudables signos de fusión y vitrificación de los minerales que había allí, sin que del artefacto quedara el menor rastro. Como si nunca hubiera habido nada allí.

Aquél fue un misterio insondable que, pese a todo, hubo de renunciarse a

descifrar. Después de aquel extrañísimo fenómeno, Mosty y Ed fueron de nuevo prolijamente interrogados por toda clase de Servicios de Seguridad, hasta que, al fin, con no poco contento por parte de ellos, fueron dejados libres de circular por donde se les antojara.

* * *

Aburrido, sin saber qué hacer, Mosty se hallaba en su apartamento del hotel donde estaba descansando de las fatigas pasadas, gozando de los cálidos rayos del sol de Florida. Junto a una ancha ventana, semiacostado en una cómoda tumbona, leía distraídamente un «ameno» relato de sus aventuras, viéndose dibujado de una forma como jamás soñara, empuñando los mandos del platillo en una actitud de héroe interplanetario, en tanto que a su alrededor llovían las granadas disparadas por la D.C.A. y los «Sabrejets» de Rosswell.

El joven perdonaba de buena gana todo aquello, porque, merced a los disparates escritos con el relato de lo que les había sucedido, tanto él como el gambusino habían adquirido una pequeña fortunita, que les permitía holgazanear, en tanto discurrían el mejor medio de invertir los miles de dólares adquiridos con la venta de los derechos de sus «hazañas» y con la cesión de sus efigies para la propaganda de productos que jamás habían usado y que, posiblemente, no usarían jamás. Bien mirado, sin embargo, había sido una legítima manera de hacer dinero, y Mosty no se arrepentía de ello, a pesar de que durante una buena temporada hubiera de esconderse de la peste de fotógrafos y periodistas que ansiaban hacerse tan célebres como ellos merced a una placa o a media docena de palabras arrancadas poco menos que con tenazas. Tanto los periodistas como los servicios secretos, que parecían proliferar en la nación como los caracoles en el bosque después de la lluvia, les habían interrogado hasta hacerles llegar al borde de la paranoia, y ahora que unos y otros les habían dejado relativamente en paz, Mosty disfrutaba de las que él consideraba unas bien ganadas vacaciones, aunque, como todavía, mal que le pesara, era bastante célebre, procuraba dejarse ver en público lo menos posible.

El ruido de una puerta al abrirse le hizo alzar la cabeza. Con fúnebre aspecto, Ed Weston penetró en la estancia y se sentó al lado de Mosty sin decir palabra.

Los extraordinarios sucesos de que fueron protagonistas habían consolidado firmemente la amistad iniciada en las estribaciones de los Montes de la Sangre de Cristo, pese a la diferencia de edades existente entre uno y otro. El gambusino vestía ahora atildadamente, cosa que parecía incomodarle bastante. Sin embargo, no había renunciado a un detalle característico en él: su barba, que ahora aparecía un poco más cuidada que antes cuando se dedicaba a la búsqueda de oro en el desierto.

Mosty adivinó en seguida que algo ocurría en el ánimo de su amigo. Ed cargó la vieja pipa, encendiéndola sin decir palabra, y el joven le imitó. Durante unos momentos los dos fumaron en silencio, hasta que Bancroft se

decidió a hablar.

—Vamos, suéltalo ya, viejo búho—dijo—. ¿Qué tripa se te ha roto ahora, Ed?

El gambusino meneó la cabeza.

—No me encuentro bien — murmuró.

Mosty se incorporó en su asiento.

—Ve a ver a un médico, Ed. No eres viejo aún, pero ya estás en la edad en que debes interesarte por tu salud con cierta frecuencia.

—No es eso— Contestó quejumbrosamente Weston, meneando la cabeza —. En lo que se refiere al cuerpo me encuentro magníficamente bien. Es...

—Acaso un psiquíatra... — sugirió Mosty con cautela.

—Lo que el psiquíatra me va a decir ya lo sé yo de antemano — gruñó el viejo— y no quiero que me birlen dos o trescientos dólares por soltar más necedades. ¡Dios mío!, las barbaridades que he dicho en estos seis últimos meses no las dijo mi Mary, que gloria haya, en toda su charlatana vida. Y cuidado que hablaba, Mosty. Era una mujer que...

—Deja a los difuntos en paz, Ed. De una vez: ¿qué te ocurre?

La sarmentosa mano del gambusino trazó un ancho círculo a su alrededor, recorriendo el lujoso interior del aposento.

—Esto, Mosty — dijo pesaroso—. Esto, que no está hecho para mí.

—¿Que no? Bueno, Ed; tú vas a acabar de volverme loco. Estoy harto de oírte decir lo que harías el día que encontrases un buen filón, y ahora que has hallado algo muy parecido me sales con ésas. ¿Cómo he de entenderlo, compañero?

—Como te parezca, Mosty— suspiró nostálgicamente el buscador de oro —, Esto no es para mí, muchacho, digas lo que digas. Mi sitio está en el desierto, recorriéndolo sin cesar con «Amado Mío» y «Manolita», durmiendo bajo una mata de mezquite, lavando las arenas de los riachuelos, comiendo tocino frito y bebiendo café, respirando el aire de las montañas... Mosty, yo no puedo soportar más esta vida. Tengo bastante dinero para hacer el vago, pero no puedo. Me aburro, ¿comprendes?

Mosty golpeó la pipa contra el tacón de su zapato. En efecto; comprendía al gambusino, porque también el, cuando se encontraron, huían de la civilización, buscando, con el intimo contacto de la naturaleza limpia y sin dobleces, la regeneración de su cuerpo y su alma, estragados ambos por el desaforado maquinismo de la época.

—Sí — suspiró el también, pues, en medio de todo, Miami no acababa de llenarle. En cierto modo, estaba allí por «snobismo» y no porque realmente lo necesitara—. Sí, Ed. Te comprendo. Pero yo...

—Oh, no te digo que vengas conmigo. Yo suelo ir de vez en cuando a Alburquerque, ¿sabes? Me escribes allí, a Lista de Correos, y yo te contestaré

de la misma forma a las señas que me indiques. Así sabremos el uno del otro y podremos convenir futuros encuentros. ¿Qué te parece, Mosty?

—Una excelente idea—-aprobó el joven—. Por ahora, yo no sé qué es lo que voy a hacer. Pero cuando tenga ganas de tomarme unas auténticas vacaciones ya me pondré en contacto contigo y nos podemos reunir donde nos parezca.

—¡Estupendo, Mosty —aprobó Ed entusiasmado. Luego su rostro se apesadumbró —. Muchacho, te recordaré con frecuencia.

—Igual haré yo, viejo coyote. No creas que no me das envidia, Ed; pero tampoco quiero encerrarme para siempre en el desierto. Pronto cumpliré los treinta años, y con la fortunita que he adquirido últimamente pienso emprender un negocio con el cual encauzar definitivamente mi vida.

—Eso me parece muy bien, Mosty —dijo el gambusino pensativamente — Es hora ya de que te asientes, busques a una buena chica, te cases, tengas hijos... Acaso, si Mary me los hubiera dado, yo no me hubiera echado al desierto, pero... no se puede vivir solamente pensando en lo que hubieran sido las cosas si hubieran ocurrido tal como hoy las deseamos nosotros.

—Es una filosofía muy sana y consoladora, Ed —dijo el joven en tono aprobatorio—, y me parece una cosa excelente que pienses así. Y, hablando de todo un poco, ¿cuándo te largas?

—Pues no tardaré mucho, Ed. Quisiera que hiciéramos una fiesta de despedida, esta noche por ejemplo; y mañana...

Las palabras de Weston fueron interrumpidas por el zumbido del teléfono. El gambusino lo tomó y escuchó unos instantes. Después, tapando el micrófono con la mano, miró a Mosty.

—La señorita Renata Johnson desea vernos, Mosty— dijo—. ¿Qué hago?

—¡Envíala al diablo! — masculló el joven—. Ya me estoy viendo a esa niña, recién salida de una pueblerina Escuela de Periodismo, tratando de ganar un «sandwich» compuesto a partes iguales de dólares y celebridad, a cuenta nuestra.

—O. K., Mosty —dijo el viejo, guiñándole un ojo. Habló brevemente y luego colgó el auricular-—. Ya está, muchacho. ¿De qué hablábamos?

—De la fiesta de esta noche, Ed. ¿Dónde la liamos para que sea una buena despedida?

—Pues...—pero el gambusino no pudo seguir, porque en aquel momento la puerta de la estancia se abrió, haciéndoles volver a ambos el rostro.

Se pusieron instintivamente en pie al ver a la recién llegada. Ésta era una mujer joven y esbelta, vestida con un ajustado traje veraniego, ceñido al talle, de amplios vuelos, sujeto a los hombros, que quedaban así al descubierto, por unos estrechos tirantes y que, a pesar de resultar un tanto anticuado, agradó bastante a Mosty. El cabello de la joven, pues no parecía llegar a los

veinticinco años, era rubio, pero de una tonalidad nueva, indefinida, brillante como sí fuera de metal, y en su hermoso rostro, de perfecto dibujo, refulgían unas grises pupilas de insondable profundidad.

Ella, con voz suave, cálida, de gratas vibraciones, inclinó leve y graciosamente la cabeza, y dijo:

—¿Tengo el honor de hablar con los señores Demosthenes Franklin John Bancroft y Edward Weston?

—En efecto — replicó el joven, reponiéndose rápidamente de la sorpresa —. Yo soy Bancroft y éste es Weston. ¿Y usted, señorita?

—Me llamo Renata Johnson —dijo ella—, y he venido a verles a ustedes.

Mosty frunció el ceño.

—Creo recordar haber dado órdenes de que no se nos molestara, señorita Johnson — murmuró con cierta hostilidad.

—Lamento su disgusto, señores, pero dentro de unos momentos comprenderán las causas de mi insistencia.

Mosty alargó el brazo, a cuyo extremo se hallaba la boquilla de la pipa.

—Mire, señorita Johnson, si es usted una periodista que pretende sacarnos algo nuevo para una entrevista más vale que se largue. Ya hemos dicho todo cuanto sabíamos, y nada de cuanto agreguemos podrá añadir el menor lustre a su carrera.

La muchacha sonrió encantadoramente. Agitó suavemente sus cortos rizos y dijo:

—Yo no soy periodista, señores. Están completamente equivocados conmigo. Bien es cierto que he venido a hacerles una proposición, pero no la que ustedes se imaginan.

—¿Acaso es usted la hija del rey de los emparedados que viene a pedirnos una fotografía para su propaganda?— dijo Ed suspicazmente.

Renata sonrió otra vez.

—Siguen equivocados, amigos míos. La cosa que me trae aquí es muy distinta.

Mosty dio entonces un paso hacia adelante y se plantó ante la joven.

—No queremos ser descorteses con usted, señorita Johnson. Siéntese, por favor, y díganos de qué se trata. Pero también, por favor, sea breve. Mi amigo y yo...

—Ya lo sé —dijo ella, obedeciendo. Sacó cigarrillos, encendió uno y expulsó el humo —. Estaban haciendo planes para separarse ahora y encontrarse más adelante, ¿no es así?

Mosty y Ed se miraron, estupefactos.

—Oiga, ¿cómo lo ha sabido usted?—inquirió el primero, cuando hubo recobrado el habla.

Elia explicó:

—Yo sé muchas cosas que ustedes ignoran. Por ejemplo, que he venido a buscarles para llevármelos conmigo.

—¡Está...!—barbotó el joven, cortándose en seguida. Trató de disculparse —. Excúseme, pero nuestros planes son muy distintos de los suyos, señorita Johnson.

—Tendrán que variarlos — contestó ella, arrojando descuidadamente el cigarrillo a un lado, con tono que reflejaba gran firmeza.

Mosty advirtió que el tono de Renata había adquirido de pronto una temperatura glacial.

Preguntó de malhumor:

—¿Por qué? ¿Quién es usted para obligarnos a hacer lo que no queremos?

Renata Johnson se puso repentinamente en pie, irguiéndose en toda la majestuosidad de su elevada estatura. Mosty advirtió que sus ojos grises habían adquirido una refulgente tonalidad amarillenta, como los de un felino y, sin saber por qué, notó que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—¿Quién soy yo?— dijo ella, ahora con absoluta seriedad—. ¿Recuerdan ustedes ese disco volador que tanta fama y dinero, amén de quebraderos de cabeza, les ha proporcionado? ¿Si?... «¡Pues yo soy su dueña!»

CAPÍTULO IV



L pie de la ventana del hotel un coche frenó bruscamente y el chirrido de sus gomas quebrantó bruscamente el hondo silencio que había sucedido a las últimas y asombrosas palabras de la joven. Mosty se pasó la mano por la frente, como si quisiera despejársela de algún mal pensamiento, y dijo:

—Señorita Johnson, usted nos dispensará si nos sentimos un poco incrédulos, pero, ¿no ha sufrido usted recientemente alguna desgracia que la haya afectado en lo más íntimo de su ser?

Con este rodeo, Mosty trataba de llamar loca a Renata, pero la joven comprendió muy pronto el alcance de las palabras del joven.

—No he sufrido ninguna desgracia y mis facultades mentales,

afortunadamente., se hallan en magnifico estado, si es a eso a lo que usted alude, señor Bancroft — dijo ella, con serenidad.

Mosty comenzó a impacientarse. Sobre todo porque estaba viendo latir aceleradamente una gruesa vena en la sien de su amigo, y conocía ya demasiado este inequívoco síntoma de ira.

Recomendó:

—Señorita, por favor, no nos tome por más estúpidos de lo que ya somos. ¿A quién más que a nosotros ha ido con ese cuento de que es usted la dueña de aquel famoso disco volante?

—A nadie más que a ustedes, por supuesto. A los únicos que, de entre todos que lo han examinado, supieron manejarlo.

—Por favor, no nos haga reir. ¡Manejar aquel disco! ¿No estará mejor dicho que el aparato nos manejó a nosotros? Si cada vez que me acuerdo de los malos ratos que pasamos...

Una débil sonrisa apareció en los rojos labios de Renata.

—¿Pasarlo mal ha dicho, señor Bancroft? He leído todas las informaciones acerca del caso, hasta haber adquirido un conocimiento exhaustivo del mismo y, la verdad, me he sentido muy enojada cuando tuve la ocurrencia de comprar el disco con la canción que ustedes cantaban al salir del aparato. A mi juicio, eso es cualquier cosa menos pasarlo mal. La juerga que se corrieron allá dentro debió de ser mayúscula.

Los dos hombres enrojecieron al unísono. Mosty trató de esconder el rostro.

—Mire, señorita Johnson, los periodistas son gente muy dada a exagerar y a creer embustes. Se creen los amos del mundo y... Bien, estábamos algo alegres, a medios pelos, si usted quiere, pero de allí a salir embriagados totalmente media un completo abismo. Además, viendo que habían terminado nuestras tribulaciones, ¿no es lógico que tratásemos de celebrarlo de algún modo?

—Sería mejor que nos dejásemos de discusiones que no nos llevan a ninguna parte, señor Bancroft. Lo más correcto y adecuado es que me acompañasen y así daríamos esta cuestión por zanjada.

Mosty meneó la cabeza enérgicamente.

—No sé para qué nos quiere usted, señorita Johnson; pero, en todo caso, ya le hemos dicho que nuestros planes son muy distintos a los suyos.

—Por el contrario—aseveró ella muy seriamente, mas con la risa en los ojos—; yo opino que son muy parecidos «a los míos».

—Sigue usted insistiendo en que es la dueña del artefacto, ¿eh?

—Considerando estrictamente la palabra en el sentido que el diccionario le da, acaso no. Sin embargo, para ustedes debe serlo. Hagan el favor de ponerse en pie y seguirme.

Los dos hombres se miraron.

—Está como para que la aten, Mosty — gruñó el gambusino.

—¡Cuidado, Ed! Es una dama.

—Por el aspecto solamente — siguió Weston refunfuñando—. Pero, en lo demás...

Mosty alzó una mano, cortando los bufidos de su amigo. Preguntó;

—Bien, ¿y qué ocurriría si nos negásemos a acompañarla?

—¡Maldición! Y mi «Colt» no...

En aquel momento unos nudillos tocaron a la puerta. Renata volvió el rostro vivamente y sacó la mano del bolso. La llamada volvió a repetirse.

—Abre, Ed — dijo el joven.

Weston se encaminó hacia la puerta, haciendo lo que le decían, y echándose luego a un lado para dejar paso a un sorprendente trío compuesto por dos agentes de policía de uniforme y otro que, aunque vestía con ropas civiles, pertenecía a la misma profesión, según denotaba el modo de llevar puesto el sombrero. Dieron unos pasos hacia adelante y luego se detuvieron en el centro de la estancia.

—Dispénseme, señor Bancroft — dijo el civil—, pero le vamos a molestar un poco. Soy el sargento detective Lindstron, de la Jefatura de Policía de Miami, como podrá comprobar si examina mis credenciales.

El policía sacó de su bolsillo una carterita con una tarjeta que alargó al joven. Éste y Ed, que después de cerrar la puerta habían acudido allí, comprobaron la veracidad de las manifestaciones de Lindstron. Los otros policías permanecían detrás, en plano secundario.

—Muy bien—dijo Mosty—, pero no entiendo...

—No es por usted, señor Bancroft, sino por la señorita Renata Johnson por la que venimos.

La muchacha se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Cómo?

Lindstron se volvió hacia ella.

—Deberá acompañarnos a Jefatura, señorita Johnson. Abajo tengo el coche y...

—¿Qué motivos alegan ustedes para llevarme detenida, sargento? — preguntó ella, muy impaciente.

—¿Detención? — sonrió el policía —. ¡Oh, de ningún modo, señorita Johnson! Es solamente para que venga a declarar acerca del robo de su coche que usted denunció la noche pasada en la Comisaría número Doce.

—¡Ahí—dijo ella, sonriendo—. Si es así... ¿Me permiten un momento? No me tomen por coqueta, pero...

Con perfecta sangre fría, Renata metió la mano en su bolsillo. Mosty pensó que se iba a retocar los labios, cosa que maldita la falta que le hacía, pero de pronto vio surgir algo brillante en la mano de la joven y se asustó, porque al instante aquella pistola empezó a vomitar luego, humo y truenos.

Durante unos segundos no se oyó en la estancia otro ruido que el fragor de las detonaciones de la pistola que manejaba Renata con perfecta sangre fría, como si se hallara practicando el tiro al blanco. Al terminar, tres cuerpos sangrantes yacían en medio de la estancia, en un confuso revoltijo de brazos y piernas siniestramente retorcidos.

Sin moverse del lugar en que se hallaba, Renata cambió el cargador de su pistola, sustituyéndolo por otro repleto de balas. Luego miró a los dos hombres.

—¡Cielos, qué carnicería! —exclamó Ed, saliendo de detrás del pesado sillón en donde se había refugiado al oír el primer tiro—. Mosty, hijo, ¿esto es una mujer o una ametralladora?

El joven se puso en pie, pues no había andado remiso en tirarse al suelo de bruces al oír la primera detonación. Miró el trío de cadáveres y luego a la joven y, tragando salida, preguntó:

—¿Se ha dado usted cuenta del berenjenal en que se ha metido, señorita Johnson? Nada menos que ha matado a tres agentes de la autoridad que cumplían con su deber. Esto se paga en el país con la silla eléctrica, ¿me comprende?

—Anticuados métodos de matar — sonrió ella desdeñosamente, sin turbarse poco ni mucho por el hecho de que acabara de despachar a tres honestos ciudadanos—. En efecto, podría ir a la silla, como usted dice, si eses tres ex vivos hubieran sido lo que Usted dice. Pero no se preocupe...

—Conque no me preocupe, ¿eh? Verá usted lo poco que va a tardar la policía en llegar, atraída por el estrépito de los disparos y ya me dirá entonces qué es lo que va a pasar.

—La policía no llegará, señor Bancroft. En medio de todo, estos hoteles modernos tienen algo de bueno, y es el completo aislamiento contra sonidos de sus aposentos. Se necesitarla algo más ruidoso que una automática para que fuera oído desde el exterior.

—Lo mismo me da —dijo el joven, sacudiendo gravemente la cabeza—. Por mucho empeño que usted ponga en ello, mi deber de ciudadano me obliga a no dejar impune este triple crimen.

—Bravo, Mosty!—gritó Ed—. Anda, llama a la policía,..

—¡Quietos!—-ordenó secamente Renata, deteniendo la acción de Mosty, el cual se dirigía ya hacia el teléfono—. ¡Quietos y no cometan ninguna imprudencia que luego puedan lamentar! He venido a por ustedes y no pienso marcharme sin llevar a cabo mi promesa.

—Bueno — exclamó con desprecio Mosty—; acaso se salve si la dan por loca. Nosotros declararemos a su favor, diciendo que usted manifestó ser la dueña del platillo volador...

—¡Y lo soy, en efecto!—aseguró ella rotundamente—. Tanto es así, que espero demostrárselo dentro de muy poco con algo más que simples palabras.

Por segunda vez tenía Renata la mano en el interior del bolso y por segunda vez volvió a sacarla también. La idea de que era una esquizofrénica tomó cuerpo de manera obsesiva en la mente de ambos.

Pero ante su inmenso alivio el objeto que extrajo Renata de su bolso no era la mortífera pistola de unos momentos antes. Era un pequeño cilindro, de unos diez centímetros de longitud por dos de grueso, en cuya parte superior había un diminuto tubito acodado, de un milímetro o menos de diámetro, por cuya boca, al instante, empezó a salir un fino líquido vaporizado, de intensa coloración violeta, que se expandió con gran rapidez por la estancia.

Mosty adivinó instantáneamente que se trataba de algún narcótico.

—¡No respiros, Ed!—clamó, en tanto se llevaba su pañuelo a las narices, no sin haber hecho y, a pesar de todo, la primera inhalación, y comprobando el agradable perfume que exhalaba aquella nebulización.

Era ya tarde para evitar los efectos de aquel insidioso gas. Mosty esperó unos momentos la pérdida del conocimiento y su subsiguiente caída al suelo, pero en lugar de ello ocurrió otra cosa muy extraña.

La joven pareció quedar semivelada tras una cortina violeta transparente, que se agitaba en cambiantes oleadas con distintas intensidades en el tono de su color. El cuerpo de Renata se deformó a lo largo y a lo ancho, como si se hallara flotando en un líquido de diferentes densidades. La muchacha no dejaba de sonreír y, en tanto Mosty, medio aletargado, contemplaba aquello, pensó que la estaba viendo a través de la ardiente atmósfera del desierto sudoccidental que tanto deforma la visión de los objetos.

Pero, de pronto, aquella niebla de color violeta se esfumó y Mosty notó que sus facultades mentales recobraban rápidamente la normalidad. No notó la menor molestia psíquica ni física; antes al contrario, le pareció haber adquirido una ligereza y una lucidez eh los dos componentes de su organismo, el físico y el espiritual, como jamás había sentido antes de ahora.

Excepto en una cosa: que sin haber hablado todavía Renata, «sabía» positivamente que tendría que obedecerla ciegamente en todo.

—Muy bien, señor Bancroft, señor Weston — dijo ella, plácidamente, devolviendo el cilindro de gas a su sitio —. Es realmente lamentable que me haya visto obligada a recurrir a este extremo, pero espero que ahora no se negarán a acompañarme, ¿verdad?

Mosty y Ed asintieron a dúo. El primero sugirió la conveniencia de llevar algo de equipaje, pero Renata se opuso.

—En el lugar a donde vienen no les hará falta nada. Síganme, por favor.

Con aire enérgico y decidido, caminando con grácil paso, Renata se dirigió hacia la puerta, seguida por los dos hombres, sin molestarse en volver atrás la cabeza, totalmente segura de ellos.

En la puerta del hotel había un lujoso convertible blanco y rojo. Renata alargó las llaves al joven.

—Mosty—dijo—, conduzca usted, por favor. Ah, y dispénseme por el tratamiento. A partir de ahora pueden llamarme los dos por mi nombre.

Asintieron sin decir palabra. Renata se sentó en el centro, entre uno y otro y, cuando hubo establecido el contacto, Mosty la miró.

—Estoy a sus órdenes, Renata — dijo.

—Salga de la ciudad y viaje hacia el noroeste, hasta que yo le diga.

—Muy bien—contestó el joven, pisando el acelerador.

* * *

El convertible protestó por todas sus ballestas del indecoroso trato a que era sometido al atravesar por aquel camino que parecía no haber sido utilizado desde la guerra con los seminólas, ciento treinta y cinco años, antes. Bordeando las peligrosas ciénagas de los Everglades, el joven condujo el coche con precaución hasta que, de pronto, sintió la presión de la mano de Renata en su hombro.

—Aquí es. Deténgase, Mosty, por favor.

Éste obedeció. Caló el freno y salió fuera del coche, alargando la mano para ayudar a la joven a hacer lo mismo. Renata le correspondió con una amable sonrisa y luego, sin más, caminó decididamente, yendo en cabeza, al mismo tiempo que apartaba las malezas que obstruían el paso.

Dos minutos más tarde, Mosty y el gambusino hallaron perfectamente lógico ver ante ellos un platillo volante absolutamente idéntico al que ellos recordaban tan bien. Tampoco les extrañó nada su interior, ni que la escotilla de acceso se cerrara a sus espaldas.

Pasaron a la cámara principal. Renata se introdujo en una de las adyacentes, volviendo al momento con unas prendas de ropa en las manos. Se las entregó.

—Cámbiense en la cámara que más les agrade. Podrán bañarse y asearse si así lo estiman, cosa que voy a hacer yo, con el permiso de ustedes — dijo, siempre sonriendo, y retirándose acto seguido.

Como si todo lo que les ocurría fuese una cosa completamente natural. Mosty y Ed hicieron lo que les decían. El joven comprobó con no poco asombro que las prendas que le habían entregado, una camisa, unos pantalones algo ajustados a las piernas y unas sandalias, se ajustaban a sus medidas sin más que ponérselo, notando complacido la suavidad del tejido y el descanso que notaba en sus pies al calzarse aquellas sandalias, que más

parecían una segunda piel en sus pies. Salió fuera y no tuvo que esperar mucho a su amigo.

Renata apareció también ante ellos con un vestido relativamente parecido al anterior, aunque con el vuelo de la falda mucho más reducido. Había cambiado los zapatos de alto tacón por unas sandalias similares y tenía en las manos un nebulizador.

Roció con el gas pulverizado a los dos amigos e, instantáneamente, éstos recobraron el conocimiento de las cosas.

Mosty lanzó un rugido.

—¡Déjenos salir de aquí! —gritó.

La mano de Renata señaló de modo encantador hacia la escotilla del artefacto.

—Pruébenlo — dijo.

Mosty sabía que no podría hacerlo por más que lo intentase. No la suponía tan tonta como para haber dejado la puerta con facilidades para ser abierta de cualquier forma.

Con sombrío aspecto se cruzó de brazos y se colocó ante ella.

—En fin—exclamó— díganos de una vez qué es lo que pretende de nosotros y adonde nos lleva, Renata.

El lindo rostro de la .joven adquirió también un aspecto de seriedad al dar la respuesta.

—Lo que pretendo de ustedes es bien sencillo: que me ayuden. Y en cuanto al lugar donde les llevo la contestación es: «¡a la guerra!».

CAPÍTULO V



ENATA golpeó el suelo con la punta del pie y dijo;

—!Mesa! ¡Tres sillas! ¡Comida!

Al instante, en el centro de la gran cámara, y surgiendo del suelo, aparecieron los muebles pedidos, ante el infinito asombro de los dos hombres. La mesa estaba ya servida, y en ella se veían unos platos y manjares nunca vistos por Mosty y su compañero.

La joven les señaló graciosamente la mesa.

—Por favor... Creo que les convendría reponer un poco sus fuerzas. Háganme caso; será mejor para ustedes... y para mí.

Todavía aturdido por el impacto de todo lo visto en las últimas horas, a lo cual había puesto digno remate el original modo de Renata de pedir las cosas, Mosty ocupo el sitio, colocándose frente a la muchacha. En cuanto al gambusino, no tenía fuerzas ni para hablar.

Con gran desenvoltura, Renata sirvió la comida, charlando volublemente para distraer la atención de sus forzosos huéspedes. Aprensivo, Mosty examinó su comida desde dos o tres ángulos distintos. Renata se dio cuenta de ella y sonrió, diciendo:

—Puede comer sin miedo, Mosty. No pienso envenenarles.

—Me lo supongo — respondió él con cierta sequedad—. Pero no me gustaría que en la comida hubiera alguna pócima narcotizante como la que nos largó con el pulverizador.

—Puede estar seguro de que no, Mosty— contestó ella muy seria—. A partir de ahora, todo lo que hagan será voluntario.

—Excepto marcharnos de aquí.—dijo Ed, con la boca llena, pues hacía ya rato que había desechado sus aprensiones ante la suculencia de los manjares, cuyo sabor era enteramente nuevo para él, mas no por ello menos agradable.

—Es cierto, Ed — dijo la muchacha—. Menos salir de aquí. Por ahora — y su mano detuvo la cuchara llena a mitad de camino — no les queda otro remedio que acompañarme.

—A la guerra, como usted dijo antes—refunfuñó Mosty, hallando que, en efecto, aquella especie de pasta mitad jalea mitad hojaldre, que tenía en el plato sabía estupendamente—. ¿Dónde está nuestra voluntariedad?

—En la cooperación que han de prestarnos a nosotros, Mosty — respondió ella sin inmutarse.

El joven volvió a llenar su cuchara.

—Sería muy interesante, Renata, que acabara de explicarse de una vez.

—Muy bien, lo haré —suspiró ella. Dejó la cuchara, apoyó los codos sobre la mesa y por encima de las manos, le miró —: He dicho que les llevo conmigo a la guerra y no les he mentido. Escúchenme.

»Hay dos mundos en guerra, el mío, Dakrena, y el de mis enemigos, Spagor. En el primero se engloban varias constelaciones de estrellas, entre las que figura el Can Mayor y el Can Menor, por no citar otros grupos menos

importantes, esto dándoles los nombres con que ustedes los conocen en la Tierra Spagor tiene a su favor el Toro y el Boyero, como principales agrupaciones de estrellas, todas ellas cor sus correspondientes sistemas planetarios. La guerra entre estas dos potencias dura ya hace muchos años, tantos, que yo no he conocido su comienzo, con alternativas de victoria y derrota repartidas de modo casi idéntico entre ambos bandos, pero ahora parece ser que el conflicto está en vías de conclusión.

—Con la victoria de Dakrena, naturalmente— sonrió irónicamente Mosty.

—Exactamente — dijo ella, muy seria—. No obstante, antes de desencadenar el ataque definitivo, hemos de consolidar bien los que pudiéramos llamar puntos de partida, a fin de que, cuando lancemos la estocada final Spagor no pueda detenerla.

—¿Y somos nosotros quienes hemos de empuñar esa metafórica espada? —dijo Mosty, aún zumbón.

—En parte, sí — repuso la joven—. Usted y muchos como usted y su amigo Ed.

—Poco a poco, mi linda señorita — masculló el gambusino—. Una vez fui a la guerra, hace ya de ello treinta y dos años. Tenía entonces dieciocho y, cuando terminó la pelea, iba a cumplir los veinticuatro. Aunque pasé muy buenos ratos, los malos me hicieron jurar que no empuñaría otras armas que las que sirvieran para procurarme la comida, ¿me entiende usted? Además, en aquella ocasión era por mi país que combatía; no ahora por un mundo que me importa un rábano... ¡y que no se siguiera si existe!

El rostro de Renata se coloreó vivamente.

—No tiene ninguna opción —dijo—. Vendrán conmigo y lucharán contra Spagor, lo quieran o no.

—De momento — terció Mosty conciliador — estamos en sus manos. De aquí a que tomemos un fusil para combatir a sus enemigos, hay mucho trecho y antes será preciso ver si consigue que nosotros lo recorramos. Sin embargo, la pregunta que inmediatamente acude a mí es la siguiente: ¿Por qué entre tres mil quinientos millones de terrestres que hay, ha ido a elegirnos precisamente a nosotros dos, Renata?

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Esperaba la pregunta, Mosty. Muy sencillo: porque, de entre todos esos seres que usted ha mencionado, sólo fueron los dos quienes manejaron el platillo volante.

»E1 artefacto fue enviado vacío a su planeta, como ustedes pudieron apreciar al penetrar en su interior. La escotilla tenía ya una pequeña grieta, dejada ex profeso para que pudiera abrirse desde afuera. Y, en fin, ustedes supieron contestar a las llamadas luminosas que les hacíamos, repitiéndolas en el mismo orden.

—Tratando de repetirlas, que no es lo mismo — corrigió Mosty.

—Para mí es lo mismo, puesto que ello demostró una inteligencia superior al común de los mortales. El platillo era un «test», y aquel que supiera ejecutar determinadas pruebas, como ustedes dos, sería digno de entrar a formar parte de las filas dakrenianas.

—Un momento, un momento — gruñó Weston —. Tengamos en cuenta que lo único que hice yo a bordo del aparatito ese fue insultar a Mosty, después beber, luego reconciliarme y por fin cantar a dúo eso de...

—No siga, por favor — dijo ella muy encarnada—. Oí la canción y fue suficiente con una vez. De todas formas, le he estudiado a usted, Ed, y sé que su intelecto no ha sido desarrollado, conducido, mejor dicho, en la dirección conveniente. Bajo la de nuestros técnicos y científicos, usted, y Mosty, por supuesto, llegarán a ser unos grandes técnicos cuya ayuda nos será valiosísima en el conflicto que estamos sosteniendo con los spagorianos.

»Dakrena — continuó Renata — anda buscando desesperadamente cerebros que colaboren en la lucha contra Spagor. Y yo soy uno de sus agentes, encargado de recoger a los dos terrestres seleccionados. Constantemente se están enviando discos voladores a otros planetas habitados, en los cuales se hacen las mismas pruebas que se han hecho con ustedes. En cierto modo, nuestro país, digámoslo así, necesita sangre nueva, y no dudo que su aportación será valiosísima y acaso decisiva.

Mosty se frotó la mandíbula con la mano.

—Todo eso estaría muy bien—.dijo—, si nosotros tuviéramos que ver algo con tal conflagración. Pero, como ya dijo antes mi compañero, y muy atinadamente muy cierto, nosotros somos neutrales. ¿Qué sabemos nosotros del lado en que se halla la razón? ¿Es Dakrena el atacado injustamente? O, por el contrario, Renata, ¿ha sido su país el primero en atacar, solamente movido por ambiciosos motivos de conquista?

—Fueron los spagorianos quienes... — protestó ella vivamente.

El joven meneó la cabeza, diciendo:

—No puede estar segura de ello, Renata. Usted misma ha dicho que esa guerra dura desde mucho antes de su nacimiento

—Exactamente. Y aun antes de que nacieran los padres de mis padres.

—¿Lo ve usted? — sonrió Mosty triunfalmente Eso quiere decir que a estas alturas ya se han olvidado los motivos por los cuales comenzó la guerra, Hoy día, ni unos ni otros saben por qué se pelean; ni usted misma, Renata, que, a juzgar por cuanto le he oído, debe de ser un personaje importante en Dakrena.

—Solamente soy lo que ustedes llamarían un capitán— Contestó ella—, encargado de la misión terrestre, y nada más.

La mano de Mosty describió un amplio círculo.

—No comprendo cómo unas personas capaces de construir un artefacto tan maravilloso como éste, han de necesitar la ayuda de dos individuos que en su mundo son de lo más vulgar y corriente.

—Los árboles reviven cuando se les hace un injerto— sonrió ella.

—Puede que la comparación sea acertada — dijo Mosty—, pero, en todo caso, el injerto no piensa, y nosotros sí.

—Eso es —terció Ed—. Y no queremos que nos líe en su maldita guerra. Admito que nuestro planeta sea una caldera de ranas, siempre croando y amenazándose los unos a los otros, pero, en medio de todo, tiene sus compensaciones.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento, es absolutamente imposible. Han de venir conmigo, mal que les pese.

Mosty entrecerró los ojos. Una súbita idea acababa de ocurrírseles.

—Entiendo — dijo—. Usted liquidó a los polis solamente para obligarnos a ir con usted, ¿no es eso?

Renata sonrió con desdén.

—¿Desde cuándo es necesario que para llevar a una persona a declarar sobre un coche que le ha sido robado se necesiten tres policías? Al contrario, lo usual es que se vaya a casa del denunciante, si se quieren comprobar más datos. Aquellos individuos eran agentes spagorianos, que trataban de raptarlos, para impedirme llevar a cabo mis planes.

—¡No! — saltó Mosty en su asiento.

Ed renegó por lo bajo.

—Sí. Eran spagorianos, y si no me cree, recapacite usted en las palabras que dijeron. No me acusaron de un crimen, sino que vinieron a rogarme les acompañara para declarar acerca del robo de mi coche. En todo caso, con un agente de paisano habría bastado, ¿no lo comprende?

—Pero... pero... — murmuró débilmente Mosty, empezando a caer en la cuenta de que Renata decía la verdad — aquel policía, llevaba sus credenciales. Y parecían legítimas.

La muchacha se puso en pie. Dio unos cuantos pasos, giró sobre sí misma y luego se detuvo frente a ellos con el mismo aire de una maniquí profesional, sonriendo atractivamente.

—¿Y yo? ¿No tengo el aspecto de una terrestre legítima? Tenía que parecer natural del país, ¿no creen? ¿Qué más lógico que los spagorianos trataran de llevarme con ellos, utilizando una trampa que no lo pareciera a los ojos de un terrestre?

—Tiene razón — dijo Mosty—. Pero usted habla tan bien nuestra lengua... y nos encontró a los dos...

—En cuanto a lo primero, no es nada difícil para un dakreniano aprender en pocos días cualquier idioma, por enrevesado que parezca. Y respecto a hallarles a ustedes, hubiera podido conseguirlo con los ojos cerrados. No lo hice antes, porque me pareció conveniente perder algo de tiempo adquiriendo un perfecto conocimiento de ustedes, a través de todo cuanto se ha escrito desde que enviamos aquel platillo.

—¡Ojalá no lo hubiéramos hallado! —exclamó el gambusino con fervor.

—Ahora es ya tarde para lamentaciones — contestó Renata fríamente.

Mosty alzó la mano.

—Y nuestro disco ¿quién y por qué lo destruyó? —quiso saber.

—Para nosotros ya no tenía ninguna utilidad, y no queríamos que pudieran apoderarse de él los spagorianos, de cuya llegada a este planeta ya teníamos noticia. Usted mismo los vio, Mosty.

—Sí, claro — repuso el joven, pensando en el escándalo que se habría formado en el hotel al descubrir los tres cadáveres y su posterior huida —. Escuche, Renata, quisiera saber qué eran aquellas figuras geométricas que aparecían en la pantalla visora. Su medio de comunicación, ¿no?

—Exactamente. Aunque — sonrió — le faltó oprimir el botón que hubiera traducido los impulsos luminosos en ondas sonoras.

—¿Lo ve? — exclamó él esperanzado—. No somos los que usted desea. Ande, sea buena y déjenos marchar.

—Lo siento — dijo ella, moviendo la cabeza, muy seria—. Les agradeceré no vuelvan a tocar este tema.

Ed no dijo nada, sino que apretó los labios. Tenía sus manos sobre la mesa, y bajo una de ellas, algo que pensaba utilizar en el momento oportuno.

De pronto, el ladrido de unos perros se oyó claramente en el interior de la cámara. El trío se sobresaltó, y Mosty miró a la joven.

—¿Por qué entran los sonidos aquí? — interrogó.

—Porque yo dejé abierto un micrófono. Vamos a ver de qué se trata — dijo, haciendo esconderse la mesa y las sillas por el mismo sistema que había utilizado anteriormente.

Mosty se percató de que en aquel aparato, y a diferencia del otro, no había escalera de caracol hasta la cúpula de mando, situada a unos tres metros sobre su cabeza. Pero, apenas había desaparecido la mesa, Renata golpeó de nuevo el suelo exclamó:

—¡Ascensor!

Inmediatamente, un trozo del suelo empezó a subir, empujando a las tres personas hacia arriba, con no poca sorpresa por parte del gambusino, quien bufó entre dientes algo impublicable. Una vez arriba, Renata, sin preocuparse de ellos, se acercó a la cúpula y miró hacia el exterior.

Mosty también lo vio. Era un cazador furtivo, un veterano de los Everglades, que miraba estupefacto el platillo volante, con la escopeta entre sus manos, en tanto que sus dos perros ladraban furiosamente

—Tendremos que emprender el vuelo — elijo Renata pensativamente.

—¿Hacia Dakrena? — preguntó Ed, al mismo tiempo que, mirando a su amigo, le guiñaba un ojo con aire de complicidad.

—Exactamente. Allí se les proporcionarán conocimientos necesarios para...

—¿Para qué? — preguntó el gambusino de modo un poco tonto.

—Ya lo dije antes —repuso ella impaciente, sin dejar de mirar a través de la cúpula—. Necesitamos a toda costa cerebros nuevos y...

—El mío está muy gastado — rio sonoramente Ed, pero no tanto que no sepa lo que he de hacer, Renata.

La muchacha se volvió al oír la voz de Weston. Intuyó algo raro en el aspecto de su interlocutor, pero era ya tarde.

La mano del gambusino se disparó, atrapando el brazo derecho de la joven y retorciéndoselo cruelmente hacia la espalda. Al mismo tiempo, algo más duro y puntiagudo se apoyó en su garganta.

Ed dijo:

—Renata, usted tendrá armas nuevas, pero en este caso no valen lo que una afilada navaja terrestre. En su lugar, yo hubiera registrado cuidadosamente a mis huéspedes, pero bien se ve que con tener cerrada la escotilla creyó que ya lo tenía todo resuelto. Ahora escúcheme bien y ponga atención a lo que voy a decirle.

El rostro de la muchacha estaba enormemente sofocado y se mordía los labios para no gritar a caula del dolor que sentía en el miembro que con tanta firmeza sostenía el gambusino.

—¡Suélteme, Ed! ¡Usted no puede hacerme eso! —gritó.

Él contestó:

—Ni hablar, preciosidad. No me gustaría tener que hacerlo, pero si no me queda otro remedio y usted se niega a abrirnos las puertas, juro que le degüello aquí mismo como si fuera un pollito, ¿me entiende?

Los ojos de Renata se abrieron desmesuradamente.

—¿Sería usted capaz de hacer eso conmigo, Ed?—preguntó.

—Merecería algo peor, ¡asesina! Mató a tres hombres a sangre fría. ¿Qué otra suerte puede esperar usted?

—¡Eran spagorianos!

—¡Y un jamón!—gruñó Ed—. Mientras no se me demuestre lo contrario, eran tres honrados funcionarios que cumplían con su deber, y a los cuales llenó usted limpiamente el cuerpo de plomo. ¡No sé cómo me contengo y...!

Haciendo un esfuerzo, Renata se volvió hacia el joven.

—Mosty, usted...—jadeó — tiene algo de ascendiente sobre este bruto. Hágale que me suelte.

Mosty sonrió, al mismo tiempo que, con toda cachaza, se dedicaba a cargar la pipa. Aspiró el humo con delicia y repuso:

—En este momento es Ed quien lleva el mando de las cosas. Lo único que puedo recomendarle es que no se manche mucho con su sangre, Renata.

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡No saben lo que se estar haciendo!

—¡Vamos, vamos, hermosura! — rio sarcásticamente el gambusino—. Podrás ser muy sabia, pero no tanto como para engañarnos a nosotros, ¿no es cierto. Mosty? ¿A quién le vas a ir con el cuento de los spagorianos y los de Dakrena? Posiblemente ello te sirviese para ir a un manicomio, pero...

—¿Y este aparato? — protestó enérgicamente la muchacha —. ¿Acaso no veis que no está construido en vuestro planeta?

—Sobre eso tendríamos mucho que hablar, monada— dijo Ed—. De una vez, Renata, ¿te decides o...?

La muchacha vaciló unos instantes. Al fin, de mala gana, dijo:

—Ya está bien, Ed. Suélteme.

—¿Prometes solemnemente que nos dejarás marchar? Mira que todavía tengo el cuchillo en tu garganta.

—Lo prometo, Ed. Déjame de una vez. Abriré la escotilla y,..

El gambusino abrió la mano, y Renata retrocedió un par de pasos, frotándose el miembro dolorido. Lo miró con ojos de ira, pero no dijo nada.

Después de medio minuto, su mano se apoyó sobre el tablero lleno de pentágonos multicolores. Ec lanzó su última advertencia.

—¡Cuidado, Renata! ¡No olvides que tengo un cuchillo en la mano y que todo ademán sospechoso podría costarte muy caro!

—Puedes estar tranquilo — dijo ella— Abriré la escotilla y os, dejaré marchar. Pero, sin embargo, os recomiendo que os escondáis todo lo que podáis, porque volveré a por vosotros, y no sola precisamente.

—Anda, anda — gruñó el buscador de oro—; estamos perdiendo ya demasiado tiempo.

La mano de Renata tocó uno de los botones, y en aquel momento la pantalla se iluminó vivamente. Un turbión de polígonos de todos los colores empezó a surgir, al mismo tiempo que una voz metálica irrumpía sonoramente en la cámara.

CAPÍTULO VI



A novedad del suceso atrajo inmediatamente la atención del trío, haciéndoles olvidar la presencia del cazador furtivo en el exterior, quien, muy intrigado, estaba dando vueltas en torno al aparato, tascando quizás el medio de introducirse en el interior del mismo.

—¿Qué pasa ahora? — masculló Ed, muy fastidiado por aquella súbita interrupción.

Pero Renata no le contestó. Tenía sus ojos fijos en la pantalla, en la cual continuaban apareciendo y desapareciendo los polígonos multicolores, al mismo tiempo que aquella extraña voz continuaba oyéndose con su tono chillón y metálico a un tiempo.

La voz calló de pronto, al mismo tiempo que de la pantalla desaparecían las figuras geométricas.

Renata contestó, hablando frente a ella, al mismo tiempo que sus manos se movían veloces sobre el teclado, produciendo nuevos pentágonos que Mosty imaginó eran la traducción visual de sus palabras.

Renata no perdió mucho tiempo; apenas treinta segundos, y, terminado su parlamento, se volvió hacia sus huéspedes, al mismo tiempo que decía:

—Acaban de anunciarme que dos platillos spagorianos se dirigen hacia aquí, con ánimo de hacernos prisioneros.

—Será a ti— dijo Mosty tuteándola inconscientemente— Nosotros ¿qué

tenemos que ver con...?

—Más de lo que os pensáis—-respondió ella—. También en Spagor se necesitan cerebros y, habiéndose extendido la noticia de vuestra captura, os querrán sin duda para ellos.

—Pues sí que corren aquí las noticias — refunfuñó el gambusino—. De todas formas, no nos vamos a dejar llevar, conque...

—Por favor—suplicó ella—, venid conmigo.

—¿Qué nos importan a nosotros vuestros conflictos, suponiendo que sean realidad y no fantasía?

—Exclamó Mosty— Ese nombre tuyo es completamente terrestre; no dejarás de reconocerlo, Renata.

—Tenía que adoptar uno de los que se usan en vuestro mundo para pasar así más inadvertida. Tengo otro nombre, ciertamente, mas ¿qué importa ese detalle ahora, Mosty?

—En efecto, importa poco. Las noticias que acabas de darnos son mucho más interesantes.

—Lo son, en efecto, Mosty. Y por ello sugiero la conveniencia de despegar cuanto antes.

—Sin nosotros — dijo tercamente Ed.

—Si llegan los spagorianos, os atraparán, sin duda alguna — contestó ella.

—No somos mancos, muchacha — contestó el buscador de oro—. ¿Qué te has creído?

Renata miró desdeñosamente la navaja que aún tenía a un palmo de su pecho.

—Pobres armas las vuestras para combatir con las de mis enemigos, Ed.

—Sea como sea, yo no...

Pero entonces Mosty alargó su mano.

—Un momento, compadre. Concedámosle a la muchacha el beneficio de la duda. Iremos contigo, con una condición.

—No sé si podré aceptar...

—Estás en nuestras manos, Renata — dijo firmemente el joven—. Ignoramos vuestra manera de ser, pero el hombre terrestre es un animal duro, tenaz y difícil de vencer si se empeña en una cosa. Tienes que prometernos tu ayuda para lo que voy a pedirte. De lo contrario...

El esbelto seno de Renata se dilató con un suspiro de decepción.

—Está bien — dijo— ¿De qué se trata?

—Solamente de una cosa: que antes de obligarnos a nada, se nos informe .con toda veracidad acerca de los motivos por los cuales están en guerra Dakrena y Spagor. Si los creemos justos..., bien, entonces ya veríamos si

accedemos a combatir a vuestro lado.

—En lo que a mí respecta—dijo Ed—, me niego rotundamente. Hace ya treinta años que tomé parte en una guerra y quedé muy harto de ella, Mosty. Por nada del mundo volveré a intervenir en otra, aunque ello me cueste la vida.

—Ya tendremos tiempo de discutir eso, Ed — contestó calmosamente el joven —. Lo interesante es ver ahora en qué para este asunto.

—En un manicomio, sin duda — gruñó Weston —. Tú, Ed. eres joven y puede que aún te gusten las aventuras, pero lo que es a mí, fuera del desierto...

Mosty dirigió su mirada hacia la muchacha,

—¿Qué contestas a mi proposición, Renata? — dijo inquisitivo.

—Que no tengo otro remedio que someterme a ella — dijo, mirando con suspicacia la navaja que Ed aún tenía abierta—. De acuerdo; despegaremos al instante. Si hemos de combatir, no quiero que me encuentren aquí, donde nos hallamos en franca desventaja.

—¿Tú crees que los spagorianos nos atacarán, Renata? — preguntó Mosty.

—Muy posible..., si no accedo a entregaros a vosotros. Y debo llevaros a Dakrena, conque...

El índice de la joven se apoyó en uno de los polígonos, y al instante el aparato despegó, dejando tendido en tierra a un cazador furtivo, quien más adelante tendría mucho de qué hablar acerca de lo que había visto. Pero esto, por el momento, no preocupaba gran cosa a los, ocupantes del platillo, de los cuales, Mosty y Ed contemplaban estupefactos el espectáculo que ofrecía el planeta huyendo con toda rapidez bajo sus plantas.

—No lo entiendo—murmuró el gambusino—. Yo siempre he leído, en las pocas historietas que han caído en mis manos, que la aceleración y otras zarandajas, como la gravedad, hacían dificilísimos los viajes espaciales, pero ahora veo que todo eso son tonterías. A este paso, voy a creer que Renata es ciertamente una dakreniana.

—Lo soy —le sonrió ella por encima del hombro, y volviendo en seguida su atención al cuadro de mandos—: Y espero demostrártelo cuando te pasees por las calles de Dakrena.

—Según dijiste antes — murmuró meditabundo el joven—, Dakrena es el conjunto de varias constelaciones, Can Mayor y Can Menor entre ellas.

—Así es, Mosty — repuso ella sin mirarle—. Y Dakrena, la capital, que da el nombre a la que pudiéramos llamar confederación, está situada en uno de los planetas del sistema de Sirio.

Mosty lanzó un agudo silbido.

—¡Sirio! ¡A casi nueve años luz de la Tierra!

—Ocho años, ocho meses, quince días y algunas horas, poco más o menos — sonrió la chica graciosamente—; es el tiempo que tarda un rayo de luz

salido de Sirio en llegar a vuestro planeta.

—¿Y cómo piensas llegar allí, Renata?

—Volando más rápido que la luz, por supuesto.

—¡Pero eso es imposible! ¡No hay velocidad superior a la de la luz! —exclamó Mosty, justamente alarmado.

—Según se mire, no hay nada superior ni inferior. Acaso en vuestro mundo lo consideréis así, pero en Dakrena hace ya tiempo que hemos considerado lo absurdo de tal afirmación. Con este artefacto podremos llegar en un tiempo increíblemente breve a mi país.

Mosty miró a través de la cúpula, contemplando el gradual empequeñecimiento de la Tierra.

—No con la velocidad que ahora llevamos, por supuesto.

—Alcanzaremos la máxima dentro de veinticuatro horas — dijo ella—. No sería prudente violar un principio físico común a todos los cuerpos celestes, como es el de la inercia.

—Pero nosotros ganamos el espacio en menos de un minuto — objetó Mosty.

—Es todavía una velocidad moderada, y puede soportarse fácilmente. En el interior del aparato, claro está. Pero velocidades superiores no pueden alcanzarse sino por medio de una aceleración cuidadosamente calculada, so pena de gravísimos disturbios orgánicos, y aun de la misma muerte. Mañana a estas horas habremos alcanzado el punto crítico de nuestra velocidad.

—¿Que será...? — inquirió Mosty, anhelante.

Renata mencionó una cifra. Al oiría, el joven creyó desfallecer.

—¡Cielos! —exclamó—. Me voy a volver loco si sigo aquí.

—Ya lo estás — renegó Ed—. Si me hubieras hecho caso, ahora estarías tan ricamente allá abajo...

—Posiblemente no tanto como dices, Ed. Recuerda que en la habitación del hotel quedaron tres hombres muertos — dijo ella fríamente.

Weston palideció.

—Tienes razón — murmuró— Y después de nuestra rápida huida, ¿quién les convence a ellos de que...?

—Algún medio hubiéramos hallado para arreglarlo— terció Mosty—. Recuerda que, según Renata, eran spagorianos. Por lo tanto, al ver que no eran policías...

—Sí, pero no por ello dejaban de ser hombres. Y un triple asesinato es algo que tiene mucho que explicar si uno quiere salvar el pellejo, camarada —dijo Ed, meneando sombríamente la cabeza.

—Lo cual quiere decir — sonrió Renata —que a última hora, aún os he hecho un beneficio sacándoos de la Tierra.

—Esperemos a ver en qué para todo esto y entonces te lo diré — contestó el gambusino, asomándose al mirador de la cúpula, y contemplando extasiado el brillante espectáculo del cielo que parecía un paño de negro terciopelo conteniendo enormes cantidades de esplendorosas gemas.

Durante largo rato, el disco continuó su marcha, dándose cuenta Mosty de que, tal como ella lo había predicho, la aceleración era gradual. Debían volar a una enorme velocidad ya, porque un par de horas más tarde el disco rojo del cuarto planeta empezó a destacar en la lejanía, aumentando lentamente, de modo casi imperceptible, de tamaño. Ed se cercioró de que aquel planeta que veían era Marte, y entonces dijo:

—Me parece que eso de Dakrena es un embuste. Renata es una marciana, todo lo linda que se quiera, pero marciana al fin y al cabo.

Ella dio una desdeñosa respuesta.

—Marte es un mundo deshabitado y muy difícilmente habitable. No sé por qué los terrestres tenéis tanto empeño en llegar a un sitio en donde no hay más que arena, y cuatro hierbajos, que dan náuseas con sólo mirarlos.

—Para nosotros, el salir de la Tierra es algo obsesivo. Acaso llegue el día en que podamos construir artefactos tan desarrollados como los vuestros y entonces llegue la era de nuestros viajes interestelares.

—Lo dudo mucho, en el estado en que ahora se hallan vuestros conocimientos.

—No debes hablar así, Renata—la reprendió el joven con gravedad—. Tus abuelos no empezaron siendo ya unos hábiles astronautas, sino que, como los terrestres, su primera ocupación científica consistió en frotar dos maderas hasta obtener el fuego. La única diferencia que hay entre unos y otros es que los tuyos lo hicieron varios miles o cientos de miles de años antes; en lo demás, todos eran iguales.

Renata no contestó a la justa reconvención de Mosty, y centró toda su atención en el manejo del aparato. Marte era ya ciertamente visible, y el joven supuso que no pasarían muy lejos de su superficie. Pero, a la velocidad que llevaban, que ya era un sexto de la de la luz, poco podrían ver de él. El planeta pasaría por debajo de ellos como un rojo relámpago y nada más.

Súbitamente, la pantalla empezó a despedir círculos multicolores. Renata clavó la vista en estos nuevos signos, que ahora se producían en silencio.

Un minuto más tarde, dijo:

—Vamos a tener un poco de jaleo.

—¿En? ¿Qué quieres decir?

—Simplemente una cosa: que las naves spagorianas me están advirtiendo que me entregue.

—¿Y si no lo haces así? — pregunto Ed.

—¿No te le imaginas? — contestó ella tranquilamente—. Tratarán de

destruirnos.

—Entonces da media vuelta — gritó Ed.

—¡Imposible! Nos seguirían a dondequiera que fuéramos. No nos queda otro remedio que combatir con ellos.

Weston se dejó caer en uno de los sillones que Renata había dejado hecho surgir a poco de despegar, gimiendo:

—Ya lo decía yo, Mosty. Esta mujer nos llevará a nuestra ruina. ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

—Nada nos ocurrirá, a poca suerte que tengamos—contestó ella con calma —. No es la primera batalla en que intervengo, y los trucos y argucias de los spagorianos me son harto conocidos.

—Y ellos también conocen los tuyos — opuso Mosty sonriente.

—No algunos nuevos, que les van a causar más de una sorpresa — dijo Renata, también sonriendo.

—¿Sí?—preguntó interesado el joven—. ¿Y de qué se trata?

—Espera y lo verás — contestó ella, atenta al cuadro de mandos.

De pronto, un resplandor rojo llenó la estancia durante un segundo apenas. Marte pasó bajo ellos, a pocos miles de kilómetros de distancia, sin que pudieran entrever el menor detalle de su superficie. Y el aparato continuaba acelerando.

Repentinamente, unas manchas de color empezaron a brotar en la pantalla. Ahora no se trataba de polígonos, sino que eran círculos de color, los cuales surgían de dos de los costados de la placa, uniéndose en el centro, en donde desaparecían tras un vistoso estallido. El proceso era el mismo que el de los pentágonos, excepto que era duplicado y, al chocar un círculo contra el otro, desaparecían.

—Nos están intimando a la rendición — dijo ella reflexivamente—. Es su último mensaje antes del ataque.

—¿Y cómo piensas rechazarlo? A la velocidad que llevarnos, es muy difícil verlas. Además, es de suponer, que los proyectiles que nos lancen sean mucho más rápidos y por lo tanto...

—Escucha, Mosty: Si tú me lanzas una piedra con la mano, y yo te la devuelvo, de tal modo que pase en su camino de vuelta exactamente por todos los puntos que antes recorrió, pero además con una fuerza decuplicada o más, ¿qué crees que ocurrirá?

—Al menos me arrancarías el brazo—dijo él muy serio; y entonces Renata sonrió.

—Exactamente lo mismo es lo que pienso hacer yo, Mosty.

—¡Mosty, hijo mío, está como para que la aten!—sollozó el gambusino—. ¡Mira que hablar de piedras a bordo de un platillo volante! ¿Dónde te dejaste

la honda, camarada?

El joven no contestó a las palabras de su amigo. Miró a la muchacha.

—¿Quieres decir que piensas devolverles los torpedos que nos envíen?

—¿Quién ha hablado aquí de torpedos? No; lo que yo pienso usar es...

Renata calló de pronto, al mismo tiempo que sus manos se crispaban sobre el panel de mancos. Los círculos luminosos se sucedían ahora en la pantalla a una velocidad vertiginosa, tanta, que apenas si podían ser recogidas sus brillantes imágenes en la retina. Mosty adivinó que estaban llegando ya al momento culminante.

Unos segundos más tarde, los círculos desaparecieron, dejando ver en su lugar dos puntos rojos que aumentaron de tamaño, al mismo tiempo que se iban acercando lentamente hacia el centro da la placa. El joven miró a Renata y la advirtió llena de una tremenda tensión, lo cual se reflejaba en la brillantez que causaba en su frente la copiosa transpiración que de ella brotaba.

De pronto, los dedos de Renata entraron en acción. A Mosty le pareció que no se movían siquiera, tanta era la agilidad con que ella los utilizaba. Los círculos rojos empezaron a oscilar, perdiendo intensidad, como si fueran a borrarse, esfumándose.

El platillo trepidó de repente. No fue una intensa sacudida, sino más bien una vibración qué pudiera achacarse a una más poderosa actividad de sus motores. Pero, al mismo tiempo, Mosty se sintió empujado hacia adelante, con poca fuerza, aunque de forma harto perceptible.

El joven entendió que había alguna causa que provocaba la deceleración de la nave. Vio que el sudor, corría ahora por las mejillas de Renata y no pudo por menos de admirar su valor y resolución en aquellos momentos tan críticos.

Bruscamente, los puntos rojos crecieron hasta llenar toda la pantalla. Permanecieron así medio segundo, y luego se esfumaron tras un brillante fogonazo. Entonces, Renata, exhausta, agotada, se dejó caer hacia atrás en el sillón respirando afanosamente.

Mosty sacó su pañuelo y enjugó el sudor que bañaba literalmente aquel lindo rostro. Ella sonrió débilmente, diciendo:

—Gracias, Mosty

—A lo que veo—dijo éste—, ya se ha acabado todo, ¿eh?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Así es, Mosty.

—Y... ¿te importaría mucho, decirme qué método has empleado para destruir a esas naves spagorianas, Renata? Porque supongo que a pedradas no habrá sido.

La joven sonrió débilmente y a continuación, tras tragar saliva, explicó:

—No, pero ha sido el mismo sistema. He devuelto sus rayos de luz, reflejándolos a una velocidad infinitamente superior a la normal. En estas condiciones, la luz se torna algo tangible, material, terriblemente destructor, capaz de arrasar cuanto toca.

—Pero ¿ellos no tenían reflectores?—objetó Mosty, terriblemente asombrado, pues no acababa de entender la explicación.

—No, desde luego: pero un cuerpo en el espacio siempre despide algo de luz, bien sea propia, bien sea reflejada de los astros que lo rodean. Yo he canalizado por medio de proyectores especiales esos rayos de luz, devolviéndolos luego a una velocidad prácticamente infinita. Naturalmente, las naves enemigas han sido destruidas, sin que sus ocupantes hayan tenido tiempo de enterarse de lo que les ocurría.

Mosty sintió de repente que las piernas se le aflojaban y hubo de sentarse en un sillón. Con voz apenas perceptible, pidió al gambusino cuyo asombro corría parejas con el suyo.

—Ed, camarada, ¿no tienes un trago a mano? Presiento que lo estoy necesitando...—al darse cuenta, cesó de hablar.

Pues el gambusino no le pudo contestar, por la sencilla razón de que se había desmayado como una vulgar damisela de finales del siglo anterior. Aquello había resultado demasiado fuerte para su espíritu.

Quince días terrestres más tarde, llegaban a Dakrena.

CAPÍTULO VII



ENATA aguardó pacientemente sentada, sola en la enorme estancia, esperando al personaje que la había mandado llamar.

La muchacha había cambiado sus ropas terrestres por otras más en consonancia con las del lugar en donde había nacido. Vestía ahora una especie

de blusa o túnica, larga hasta las rodillas, ceñida al talle por la misma forma del vestido, y cuyo color gris acero contrastaba singularmente con el violentó tono dorado de su cabello, también de metálicos reflejos. La blusa no tenía mangas y los torneados brazos de la joven aparecían absolutamente desprovistos de joya alguna.

La sala era de forma circular, y no tenía ventanas, recibiendo la luz diurna convenientemente tamizada por su techo translúcido que, permitiendo una clara iluminación, no dejaba pasar al exterior ninguna de las escenas que allí sucedían. Estaba casi desprovista de muebles, a excepción de la silla en que ella se encontraba sentada; otra, dotada de un grueso mullido y acogedores brazos, pero de erguido respaldo, sin embargo, se alzaba en el centro de un pequeño estrado, teniendo al lado una mesita auxiliar; y junto a los muros se veían, muy espaciadas, hasta media docena de sillas más, sin que en ellos se advirtiese pintura ni adorno alguno que rompiese la sedante monotonía de su color verde suave. Al lado del estrado se veía una pequeña puertecita y, a espaldas de la joven, había otra, un poco mayor, que servía para dar acceso a los que eran llamados a aquel lugar.

La muchacha no tuvo que esperar gran cosa después de haber sido introducida allí. La puerta que tenía frente a ella se abrió y, sostenido por dos fornidos guardias, un hombre muy viejo penetró y fue a sentarse en el sillón, con gesto en el que no se disimulaba de ningún modo el cansancio que lo poseía.

Al verlo entrar, Renata se puso en pie. Era el saludo obligatorio de todo ciudadano de Dakrena a su Protector, el hombre que desde hacía más de ciento cincuenta años gobernaba aquel conjunto de constelaciones con mano férrea, muy pocas veces envuelta en guante de terciopelo.

Renata contempló con gesto impasible la faz harto conocida del Protector Darcos. Conocía demasiado aquellas flácidas mejillas, los bolsudos párpados y el cráneo en absoluto desprovisto de pelo, y también le resultaban harto familiares aquellos brillantes ojillos que parecían extraer los más íntimos pensamientos de quienes se enfrentaban con él.

Darcos abrió la boca con una débil sonrisa, cosa poco acostumbrada, y dijo:

—Bienvenida a Dakrena, Renata. Te doy este nombre porque quiero que a partir de ahora no uses otro, hasta tanto no nos convenga. Te felicito también por el completo éxito de tu misión, y para tu satisfacción he de decirte que estoy estudiando el modo de concederte una recompensa satisfactoria.

—Con tus palabras, Protector, tengo ya suficiente premio y no pido más —contestó ella serenamente, mas, a pesar de todo, íntimamente halagada.

—Acaso — continuó Darcos—, ignorando nuestra costumbre, te extrañe la orden de venir a vernos. Pero es el caso que siempre que un agente es enviado con una misión como la tuya, nos gusta recibirle en persona y oir de sus

propios labios el relato de cuantas acciones se ha visto obligado a realizar para el buen logro de sus fines que, lógicamente, redundan en provecho de Dakrena. En la situación en que nuestros mundos se hallan, no podemos descuidarnos delegando estas cosas en alguno de nuestros secretarios. Parecerá mentira que nos veamos obligados a obrar de este modo, con tantas ocupaciones como atraen nuestra atención, pero asi es y así ha sido siempre, y, en tanto pueda, no queremos quebrantar esta norma de conducta, Renata.

»Ahora, siéntate y haznos el relato de todo cuanto has hecho durante tu ausencia de Dakrena.

La muchacha obedeció, quedando recta, erguida, en su silla, y comenzó a hablar con voz impersonal, procurando ser clara y concisa al mismo tiempo. Notó el gesto rápidamente extinguido, que hacía el Protector, sorprendiéndose al relatar su breve batalla con los spagorianos en el hotel terrestre, pero no fue interrumpida durante su relato. Al terminar, Darcos guardó unos instantes de silencio, meditando con la saliente barbilla apoyada en el dorso da una de sus manos. Detrás de él y a ambos lados, los dos guardias permanecían rígidos, convertidos en sendas estatuas, en las que apenas si se percibía el leve movimiento de sus pechos al respirar.

Barcos alzó la cabeza, de pronto.

—Descríbeme a esos hombres, Renata. ¿Cómo son? ¿Cuál es su grado de inteligencia?

La muchacha trató de dar cumplida respuesta a las preguntas que acababan de serie formuladas. El Protector continuó:

—¿Opinas que pueden ser un refuerzo valioso para Dakrena?

—En mi opinión, Protector, no hay duda alguna. El más joven es un elemento muy útil, inteligente, rápido y, sin la menor duda, osado y valiente. El de más edad es un hombre que podría dar tan buen resultado o más aún que el anterior, con solamente que recibiera la educación apropiada a su intelecto y que nadie en su planeta se ha cuidado de darle.

—¿Es posible? — exclamó Barcos, muy sorprendido.

—En efecto, Protector. Prácticamente tiene su cerebro en blanco, pues en toda su vida apenas si ha hecho otra cosa que dedicarse al vagabundaje y a la ociosidad, disfrazando esto con un desastroso aspecto de minero individual, sus estudios han sido muy limitados, y por ellos su inteligencia está dispuesta para recibir un desarrollo sin límites. Yo— concluyó Renata—le daría desde ahora una calificación de uno sobre uno sin temor a equivocarme.

—Si las cosas resultan como dices, Renata, habremos adquirido un valioso elemento. Hombres así son los que convienen a Dakrena, que renueven su sabiduría, últimamente estancada en conocimientos que, apareciendo como nuevos, no son otra cosa que un mismo camino mil veces recorrido dentro de un mismo circulo. ¿Y el joven?

La muchacha vaciló visiblemente. Se mordió el labio inferior, y al fin dijo;

—En apariencia es mucho más inteligente que el viejo. Ha debido de realizar ciertos estudios en su país, aunque ignoro cuáles han sido, a pesar de que durante el viaje he tratado de sondearle, algunas veces dejando de lado toda discreción. No obstante, creo que sus conocimientos actuales han ser una buena base para los que aquí se le puedan inculcar.

Darcos acogió en silencio las últimas palabras de la joven. Permaneció unos instantes con los ojos cerrados, como estudiando íntimamente todo cuanto acababa de oír, y luego murmuró:

—Un buen servicio, sin duda alguna, Renata, un buen servicio. Nuestra lucha contra Spagor es muy dura y consume muchas energías, muchas máquinas y muchos hombres. Las energías y las máquinas pueden reponerse; los hombres no, y he ahí el motivo por el cual de modo constante, hombres y mujeres dakrenianos especialmente instruidos a tal fin, recorren los planetas habitados de la Galaxia, en busca de sangre nueva para él un tanto marchito cuerpo de nuestra ciencia. Llevamos ya más de doscientos años en lucha y no podemos prever cuál será su fin, ni siquiera cuándo tendrá lugar éste.

—Protector — exclamó impensadamente la muchacha—, yo tenía entendido que la guerra tocaba ya a su término. Con la victoria de Dakrena, se entiende.

—En cierto modo... así es — contestó Darcos, coa leve vacilación, que no se le escapó al agudo ojo crítico de Renata—. Pero no debes preocuparte por ello. Concluida tu misión, quedas relevada por ahora dé todo servicio y libre para disfrutar del merecido descanso que te concedo.

Dispénsame, Protector—contestó Renata—. Aun agradeciendo, mucho tus palabras, y corriendo el riesgo de que me taches de indiscreta, yo preferiría renunciar a esas vacaciones.

Darcos arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Verás... Acaso yo no sea la más indicada tengo un coeficiente intelectual de cuatro sobre tres, notablemente inferior al máximo, como puedes apreciar; mas, en todo caso, yo quisiera permanecer al lado de los terrestres, al menos en sus primeros pasos en Dakrena. Esto, naturalmente, siempre que no tengas nada que objetar o mandarme distinto a mi petición, que en tal caso queda anulada automáticamente.

Darcos sonrió comprensivamente y tras una breve pausa contestó a la joven:

—Dado el éxito con que has llevado a cabo tu misión, no puedo por menos que concederte lo que pides. Serás la profesora de esos hombres durante los tres primeros períodos de su entrenamiento científico. Después, forzosamente, habrán de pasar a otras manos.

Renata inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Eres muy amable, Protector, y por ellos, te doy...

— No me elogies más — cortó Darcos con un breve gesto de sus manos —. Me gusta complacer siempre que puedo a quienes cumplen fielmente con las órdenes que les doy.

La muchacha sé puso en pie, entendiendo que había terminado la entrevista, pero antes de que pudiera dar un paso para retirarse, la puertecita que había a espaldas de Darcos se abrió con violencia, y un hombre penetró rápidamente, acercándosele con dos nerviosas zancadas.

Uno de los entrenamientos a que eran sometidos los agentes dakrenianos era el de la lectura visual de las palabras por medio de los movimientos de los labios de quien hablaba, aunque no se le oyera. Así, pues, aun cuando el recién llegado se inclinó hacia el Protector y le habló en tonos bajísimos junto a la oreja, la muchacha pudo entender perfectamente lo que Darcos estaba oyendo en aquellos instantes.

—Protector, tenemos noticias fidedignas de que un agente secreto spagoriano ha llegado a Dakrena.

* * *

Una cosa era la que preocupaba de modo singular a Renata, en tanto, arrellenada cómodamente en el asiento posterior del vehículo, era conducida de regreso al lugar donde había dejado a Mosty y Ed, al cuidado de unos servidores especialmente elegidos para tales fines, y en los cuales se podía confiar, puesto que no eran los primeros extranjeros en Dakrena con los cuales trataban. Jamás, de no hallarse segura tras la intimidad de sus propios pensamientos, se le habría ocurrido comentar con nadie aquello que acaba de ocurrírsele después de su entrevista con el Protector. ¿Por qué Darcos había vacilado al afirmar la proximidad de la victoria dakreniana? Hasta entonces, siempre se les había asegurado de que, aunque todavía el triunfo se las haría esperar un tanto, no podía escapársele, palabras que les habían sido repetidas hasta la saciedad. Sin embargo, aquella levísima duda de Darcos no se le había escapado al fino espíritu de observación de la muchacha, sumiéndola en un mar de dudas, pero salir del cual, desgraciadamente, no contaba con ninguna ayuda. A no ser que los terrestres...

Pero no; meneó la cabeza, desechando la idea, al mismo tiempo, que de un modo un tanto fútil, trataba de consolarse a sí misma, repitiéndose las palabras del Protector y diciéndose que, en efecto, la derrota de Spagor no podía estar ya lejana. Eran ya muchos años los que duraba el conflicto y un día u otro tendría que acabarse. ¿Lo vería ella?

Pensando aún en tan poco agradable tema, llegó al lugar donde Mosty y Ed eran atendidos. Estuvo a punto de ser derribada por un colérico gambusino que huía maldiciendo prolijamente, al mismo tiempo que se despojaba de los paños con que había sido cubierto de medio cuerpo para arriba. Renata lo sujetó, deteniendo su loca carrera y despidiendo con un imperativo gesto de su

mano al servidor, que hubo de retirarse cariacontecido, con los útiles de aseo bajo el brazo. Con los suyos cruzados y con lágrimas en los ojos, Mosty reía a mandíbula batiente, divirtiéndose enormemente con las desventuras de su compañero.

—¡Maldito pelapuercos!—gruñía Weston—. En un minuto que me había echado el ojo encima, quería hacer conmigo lo que no logró mi Mary en quince años de casados. Una vez estuve a punto de pedir la separación, a causa de mi barba... decía que le rascaba, ¿sabes, Renata...? y ahora, ese tipo, apenas me ve... ¿Es que no se dan cuenta de lo bien que me encuentro con estos pelos aquí?

—¡Cálmate, Ed—dijo la muchacha—. Si tú lo deseas, nadie te tocará la barba, mientras permanezcas en Dakrena.

—Eso es: —dijo el gambusino, y de pronto, entrecerró los párpados, mirándola con una curiosa expresión retratada en su arrugado semblante—. ¿Y cuánto tiempo vais a tenernos aquí?

—No lo sé — alzó ella los hombros—. Eso ya no depende de mí, sino de...

—Del hombre que os gobierna y a quien llamáis Protector, ¿no es eso, Renata? — dijo Mosty interviniendo.

La muchacha dirigió sus pupilas hacia el joven.

—Exactamente, Mosty. Vuestra instrucción va a empezar en seguida, y en cierto modo, podéis sentiros satisfechos, puesto que yo os he de acompañar mientras duren los tres primeros periodos.

—¿Nuestra profesora tú, Renata?

—¡Ajá! Aunque, naturalmente no en todas las materias, se supone fácilmente.

Ed alargó su brazo hacia ella.

—Chica, pero ¿te das cuenta del disparate que vais a hacer? ¿A mí, a mis cincuenta y dos años, ponerme a estudiar? Yo que nunca pude pasar más allá de una simple multiplicación...

—Eso es, precisamente, lo que te favorece, Ed — contestó Renata—. Tienes un cerebro virgen, en el cual penetrarán los conocimientos científicos como el agua sobré la arena del desierto, con mucha mayor facilidad, posiblemente, que en el de tu compañero.

—Gracias por la comparación — sonrió Mosty irónicamente—. ¿Y qué sabes tú acerca del estado de mí cerebro?

Renata lo miró serenamente.

—Tengo la sensación de que tú has cursado estudios superiores de alguna clase en la Tierra. No lo sé todavía, pero tu cultura, allá en tu planeta, debe alcanzar cuando menos un I.Q.[2] comprendido entre ciento veinte o ciento treinta, si no más.

—Otra vez gracias, Renata —dijo Mosty sin perder la sonrisa—. Teniendo

en cuenta que el máximo es de ciento cuarenta, la cosa, según tú, no está nada mal. Y dime, ¿qué clase de estudios se nos van a proporcionar aquí? ¿De qué modo se nos hará estudiar? ¿Con qué fin? ¿Qué destino se nos dará al concluir nuestro período general de adiestramiento e instrucción? ¿Qué tiempo durará? ¿Nos harán pilotos de astronave o...?

La muchacha se tapó los oídos con las manos y exclamó enojada:

—Oh, Mosty, basta, basta... Me vas a marear con tanta pregunta.

—Es que las hago para saber las respuestas. Tengo derecho a ello, ¿no?

—Y yo también quiero saberlo — dijo Ed—. Vamos, contéstame, Renata.

Ella suspiró.

—Está bien — acabó diciendo— Yo estaré con vosotros durante los tres primeros períodos, los cuales servirán para encauzar definitivamente vuestras actividades. Al final de ellos sabremos qué es lo que vamos a hacer con vosotros...

—¡Je!—rio el gambusino—. Mosty, hijo, aquí disponen de uno como si fuéramos suyos por completo.

—Sin derecho a protestar — añadió Mosty —. Pero esto ya lo discutiremos más adelante. Sigue, sigue, Renata.

—El fin—continuó la muchacha—, que perseguimos al adiestraros ya lo sabéis: conseguir nuevos cerebros para nuestra lucha con Spagor. Y el tiempo que durarán vuestros estudios será, aproximadamente, de unos tres años terrestres, al cabo de los cuales habréis adquirido una suma tal de conocimientos, como no hay hombre en vuestro planeta que los posea.

—¡Tres años!— repitió Mosty atónito—. ¿Un tiempo tan breve?

—Es que aquí — sonrió ella—, utilizamos la hipnopedia.

—¡Hipnopedia! ¡Enseñanza durante el sueño! — exclamó el joven—. ¡Eso sí que no lo toleraré! Admito, puesto que ya no me queda otro remedio, que debo estudiar lo que se me ordene, pero de ahí a tolerar tal sistema de enseñanza, la cosa varía mucho, y no pienso prestarme a ello por nada del mundo, ¿me oyes, Renata?

—¿Por qué? — inquirió la joven, muy asombrada.

—Por la sencilla razón de que eso es una intromisión en nuestras mentes, que no debe tolerarse nunca en ningún país civilizado. La libertad del interior de nuestro cerebro es sagrada y no debe ser violada jamás por ningún concepto. Por ninguno, ¿lo oyes?

—Entonces, tardaríais toda una vida en poneros al corriente de los conocimientos más vulgares de Dakrena—objetó ella, muy asombrada.

—Yo no tengo prisa. ¿Y tú, Ed? — preguntó el joven.

El gambusino sacudió enérgicamente la cabeza.

—Estoy contigo, chico. Mira que hacerme estudiar mientras que duermo...

¿Quieres decirme entonces de qué le sirve a uno irse a la cama a descansar y...?

Mosty alargó la mano.

—Además— dijo—, queda pendiente un problema. Supongo que una de las cosas que se nos ha de enseñar es la historia de vuestro mundo. En ella se explicará, pese a que no me fío de la imparcialidad de ningún historiador, las causas por las cuales Dakrena y Spagor luchan desde hace tantos años, siglos está mejor dicho. ¿Qué ocurrirá si estimamos que no sois vosotros los que tenéis razón, sino ellos, los spagorianos?

La muchacha se quedó un poco sorprendida ante aquella pregunta que, ciertamente, no se esperaba ni mucho menos. Cuando abrió la boca para dar su respuesta, era tarde ya, porque alguien llamaba a la puerta.

Suspendiendo momentáneamente la conversación, Renata se encaminó hacia la puerta, y la abrió. Tres hombres, vestidos de uniforme, penetraron en la estancia con paso enérgico y decidido. Había uno de ellos que parecía mandarlos y que dijo:

—Buscamos al espía spagoriano que ha conseguido infiltrarse en nuestro país. ¿Eres tú la que ha adoptado el nombre extranjero de Renata Johnson?

CAPÍTULO VIII



OSTY BANCROFT miró con gesto especulativo a los tres hombres que acababan de penetrar en la estancia, estudiándolos de arriba abajo.

El uniforme en los tres era absolutamente idéntico: chaquetas muy ceñidas y pantalones ajustados, de un tejido color gris acero, que parecía hecho cón hilos de metal, botas del mismo material, que les llegaban a media pantorrilla, y una especie de gorra blanca, con visera recta, como prenda de cabeza. Las hombreras de los dos que permanecían detrás eran lisas, en tanto que las de aquel que había hablado ostentaban un pentágono negro, fileteada de oro, en cada una de ellas, como divisa de un mando cuya calidad ignoraba el joven.

Mosty observó a la muchacha, dándose cuenta de que no había hecho el menor signo de sorpresa al escuchar las palabras del oficial. Pensó, y acertó, que Renata ya sabía algo de aquello, y prometióse a sí mismo interrogarla

sobre el asunto, si se le presentaba una ocasión propicia.

El hombre repitió la demanda. Renata, entonces, preguntó:

—¿Quién te lo ha dicho y cómo lo sabes tú?

—Me llamo Wafar y soy teniente de la psicopolicía, Como otros muchos, estoy encargado de llevar al psicocentro a los terrestres con el fin de interrogarlos convenientemente. Deberán acompañarnos sin más.

Mosty dio un paso hacia adelante, fijándose en que, salvo el cinturón que le ajustaba la chaquetilla de uniforme, el teniente Wafar no parecía llevar encima ninguna clase de armas. Dijo:

—Me parece haber oído nombrar algo así como psicopolicía, ¿no es cierto, teniente?

Wafar lo miró tranquilamente.

—Cierto, terrestre; eso mismo es lo que he dicho—respondió.

—Gracias, teniente, pero puedes llamarme Mosty, como hace todo el mundo, Renata inclusive. Si mis presentimientos son ciertos — continuó—, esto de la psicopolicía debe tener bastante que ver con el pensamiento de cada individuo, ¿verdad?

—Así es, Mosty.

—Es decir, que, se nos va a someter a interrogatorios en los cuales se va a penetrar hasta en lo más íntimo de nuestro ser espiritual.

—Lo mismo haremos con todos los que se encuentran en tu caso, Mosty — repuso Wafar contemporizando con él.

Ed lanzó entonces un aullido.

—¿Cómo? ¿Van a meterse estos tipos en lo que yo pienso? ¿Qué diablos puede importarles,..?

Mosty extendió la mano, frenando los coléricos ímpetus del gambusino.

—Ed, viejo coyote, déjame a mí llevar el peso de la conversación y ten confianza en lo que yo haga. Verás como no te arrepientes.

—Está bien — refunfuñé Weston—, pero a mí estas cosas no me han gustado nunca un pelo. Recuerdo que en la Tierra había unos tipos que lavaban los cerebros humanos, convirtiendo a sus dueños en unos idiotas o poco menos. Si piensas que yo voy a tolerar que me hagan tal cosa...

—Calla, Ed — dijo Mosty, volviendo luego la vista hacia el oficial—. Teniente, como acertadamente dice mi amigo, esto no nos gusta a ninguno de los dos, y en el mundo de donde venirnos, es algo que está terminantemente prohibido, como atentatorio contra uno de los más sagrados derechos del individuo. No nos negamos a acompañarte, teniente, pero has de prometernos que antes de someternos a tal interrogatorio nos presentarás a alguno de tus jefes, ante el cual podamos presentar la protesta correspondiente.

Wafar parpadeó, asombrado.

—No sé si podré...

—Podrás — dijo Mosty duramente—; o de lo contrario nos negamos a ir contigo.

El teniente de la Psicopolicía frunció el ceño.

—No entra en mis atribuciones hacer la menor concesión, sino solamente cumplir con la misión que me ha sido confiada —dijo con altivez.

—Pues tampoco nosotros estamos dispuestos a que se nos «lave» el cerebro solamente por una mera sospecha que, en nuestro caso, es absolutamente infundada. Hemos venido a Dakrena obligados, no voluntarios, fíjate bien, teniente. La cosa, como puedes comprender, varía por completo.

—Si no sois los espías de Spagor, nada debéis temer del psicointerrogatorio a que vais a ser sometidos—dijo el teniente despectivamente.

—Bastaría interrogar a la señorita para saber que nosotros no somos ningún agente de vuestros enemigos. Ella mejor que nadie puede contaros la forma en que hemos llegado hasta aquí, lo cual descalca por completo las sospechas que puedan recaer sobre nosotros.

—Es cierto, teniente — intervino Renata—. Yo confirmo por completo las palabras de Mosty. He estado con ellos desde hace...

—¡Basta! No se hable más, cortó Wafar imperativo—. Yo no soy quién para discutir la justicia o injusticia de una orden que se me da, sino solamente alguien que se encarga de cumplirla... ¡y la cumpliré!

El gambusino se echó para adelante, con gesto belicoso. Tenía una mano en el bolsillo de su pantalón y no era difícil saber qué clase de arma empuñaba. Renata; temiendo un empeoramiento de las cosas, se le aproximó.

—Tú—dijo Ed—, no nos hablaste de esta clase de esbirros, vinimos contigo voluntariamente, pero en modo alguno estamos dispuestos a que nos frieguen el cerebro como si fuera la vajilla después de la comida.

—Los métodos de la psicopolicía son muy distintos de lo que pensáis —contestó la muchacha—. Además, yo os acompañaré y estaré presente durante todo el tiempo que dure el interrogatorio. Estoy encargada de vosotros y es mi obligación.

—No necesitamos de abogados defensores, lleven faldas o pantalones —masculló el gambusino—. Diles que se larguen o, de lo contrario, aquí va a correr la sangre, ¡Bonito país! —masculló con desprecio—. Primero hipnopedia; después, lavados de cerebro. ¿Y ésta es la clase de civilización que nos anunciabas, muchacha? Un salvajismo científico, eso es lo que es y nada más.

—Por favor, Ed — le suplicó la muchacha.

Mosty intervino entonces.

—Ed, vamos a ir con ellos. El teniente solamente cumple con su

obligación; no le creemos dificultades. Supongo que tú — se dirigió a Wafar — no serás el encargado de nuestro interrogatorio, ¿eh?

Wafar denegó vigorosamente con la cabeza.

—No; esto queda para los psicocientíficos, todos ellos de muy superior categoría a la mía.

—Muy bien, pues. Vayamos... y después veremos qué es lo que hacemos.

—Mosty, eres un traidor— mascullo Ed—. Primero dijiste que no vendríamos a Dakrena; luego...

—Calla, viejo zorro; tiempo tendremos de discutir con estos psicopolicías en su comisaría o como se llame el sitio donde interrogan a la gente.

—Psicogranujas, diría yo —farfulló el gambusino, no del todo convencido; mas siguiendo, como siempre, a su amigo—: Pero a la primera señal...

Wafar suspiró aliviado, lo mismo que Renata, por el final de la discusión. El primero había temido que la cosa degenerara en algo violento, cosa para lo que no iba realmente prevenido, confiando solamente en la fuerza de su uniforme. Pero aquellos tipos terrestres, ¡eran tan extraños! En lo más íntimo de su ser compadeció a los psicointerrogadores y se alegró de no haber llegado, todavía, a ser uno de ellos.

Mosty y Ed paraban en una especie de hotel, desde el que fueron conducidos a un enorme edificio, situado al término de una larga avenida, recta, ancha, por la cual circulaban personas y vehículos, sin que las primeras dieran la menor sensación de hallarse en un mundo sumido en una guerra que duraba ya hacía cientos de años. El vehículo se desligó blandamente, sin golpes ni sacudidas, sobre el brillante suelo de la ciudad, y luego, por una gran portalada, flanqueada por una fila de guardias en apariencia desarmados, penetro en el edificio, deteniéndola al pie de un ascensor, en el cual fueron transportados durante una distancia que Mosty calculó en unos veinticinco pisos.

Conducidos por Wafar, salieron del ascensor, apareciendo en una gran estancia, uno de cuyos lados era completamente transparente, suprimiendo con su vítreo muro todas las ventanas, y en la cual se veían numerosos aparatos científicos de todas clases, tamaños y formas, cuya utilidad desconocían los terrestres. Había también algunas sillas, distribuidas un poco al albur por el aposento, en el cual se encontraban dos o tres hombres absorbidos por lo que parecía ser su fascinadora tarea.

El teniente de psicopolicía se destacó, dirigiéndose hacia uno de los científicos, con el cual habló durante breves instantes. Éste asintió, y entonces Wafar, sin mirar siquiera a los terrestres, se retiró con sus dos hombres, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¡Hurra!—mascullo Ed—. Esto me gusta cada vez menos, Mosty, ya veremos en qué para, pero estoy viendo alguna nariz convertida en una berenjena.

El científico se les acercó pausadamente, mirándoles con aire escrutador. Renata creyó entonces necesario adelantarse y explicar la situación.

El científico se encogió de hombros.

—No sé de qué me hablas, muchacha. Mi obligación es la de someter a todos los llegados al psicointerrogatorio que ha sido ordenado obligatoriamente como consecuencia de la aparición de un espía spagoriano en nuestro mundo.

—Pero en el país de donde vienen éstos no se les somete a tal clase de experimentos. Allí la inviolabilidad de sus pensamientos es sagrada —objetó Renata.

El sabio frunció el ceño.

—Tú eres una dakreniana amante de tu mundo y no deberías oponerte a las órdenes de nuestro protector — dijo.

Renata se mordió los labios. No se atrevió a insistir más, pero a Ed todo aquello le importaba un pito.

—¿Quiere usted decir, señor lavasesos, que nos van a abrir la cabeza para ver lo que tenemos dentro de ella? Míreme a mí, y vea si yo tengo cara de espía. ¿Y este chico? Un poco tonto sí parece, sobre todo desde que ha empezado a mirar a Renata con ojos de buey degollado, pero espía... ¡Vamos, nombre, esto es como para morirse de risa!

—A mí ño me la causa— dijo el científico muy serio—, y si no os importa, vamos a comenzar ahora mismo las pruebas. Si vuestras intenciones son rectas, nada tendréis que temer de nosotros; en caso contrario...

Ed se llevó las manos a la cabeza, riendo como un poseso.

—Me gustaría que mi pobre Mary me viera en este lío. Lo que se iba a reír la pobre, ella que siempre dijo que tenía yo menos inteligencia que un leño. ¡Vamos, lavasesos, empieza ya! A propósito, ¿cómo te llamas?

—Ullsoy—repuso el sabio, totalmente desconcertado.

Jamás nadie antes de Ed le había hablado así y el lenguaje del terrestre le resultaba, más que incomprensible, absurdo.

El gambusino le palmeó fuertemente los hombros, haciéndole caer casi.

—¿Dónde me siento, psicopoli?

Mosty tenía que hacer grandes esfuerzos para no romper en carcajadas, en tanto que Renata escuchaba completamente aterrada todo lo que el gambusino decía. Sabia la altísima clase de aquellos hombres, los cuales, en Dakrena, venían a estar muy poco por debajo del Protector, y también sabía de nadie, Juera de Ed, que se hubiera atrevido a hablarles en tal tono.

Un poco desconcertado, Ullsoy se llevó del brazo a Ed, cuyo humor parecía ser tanto más excelente, cuanto más aturdido estaba el científico, quien, llamando a los otros dos en su ayuda, hizo sentar en un sillón al gambusino, sujetándole por el pecho y brazos con unas suaves correas.

Ullsoy levantó la mano, haciendo descender del techo, de donde pendía por un brazo articulado, una especie de casco semiesférico en el que desapareció casi por completo la cabeza de Weston. En la parte exterior, el casco estaba dotado de unos botones, de bordes dentados como las monedas, y de un centímetro de diámetro, cuyos botones fueron manipulados por los tres científicos, los cuales seguían con la vista las indicaciones de un aparato de control que tenían al lado, y en el cual aparecían, con relampagueante rapidez, numerosas lucecitas, de todos los colores, a medida que los botones iban siendo roscados para que atravesaran el casco metálico.

Ed gruñó, protestando airadamente, cuando sintió que numerosas agujas, de finísima punta que, por otra parte, apenas si le causaban daño, le traspasaban el cuero cabelludo. Ullsoy dirigía la operación, y su vista estaba casi constantemente fija en el cuadro de control, cuyas luces continuaban apareciendo con frenético ritmo.

—¿Va a durar mucho esto? — mascullό el gambusino—. No me veo más que los pies y...

Poco a poco, las luces fueron estabilizándose, hasta concentrarse en una hilera horizontal, cuyo color quedó blanco únicamente. Sin saberlo, Mosty pensó que la primera de las psicopruebas estaba a punto de comenzar.

Ullsoy dio una orden y uno de sus ayudantes manejó un botón de control, que hizo, que, deslizándose suavemente por el suelo, sin el menor ruido, se acercase a aquel lugar un artefacto de color obscuro, en forma de caja, cuya altura venía a ser de unos dos metros, por uno de ancho y otro tanto de espesor. El metal de que estaba construida era opaco, sin brillantez alguna, y en su parte superior, frente a Ed, se Veía una pantalla ovalada, de vidrio deslustrado, que en aquel momento aparecía apagada.

Ullsoy movió un dial y, al instante, las luces de la estancia se atenuaron notablemente, incluso la que penetraba por el muro transparente. Giró otro y en el acto la pantalla se iluminó, al mismo tiempo que en ella aparecía algo que hizo lanzar a Mosty un grito de admiración. ¡Era el cerebro de su amigo!

La visión era sorprendente, pues la masa encefálica de Ed se divisaba como si se estuviera viendo al natural, libre peí completo de su ósea capa protectora. El tono era absolutamente natural y, gracias al aumento que la proyección sobre la pantalla le proporcionaba, se podía ver incluso el ritmo de los latidos en la arteria carótida, que se hinchaba y deshinchaba según iba llegando al cerebro la sangre procedente del corazón.

Pero esta visión duró apenas un par de segundos. Antes de que ninguno de los dakrenianos tuviera tiempo de realizar la menor tarea científica, antes de que pudieran examinar con detenimiento el cerebro del viejo gambusino, la pantalla estalló.

A Mosty le pareció el reventón del tubo de rayos catódicos de una lámpara de televisión terrestre. Primero fue un seco chasquido, y luego los vidrios

cayeron estruendosamente al suelo, al mismo tiempo que de la máquina destruida salía una leve columnita de humo.

Ullsoy lanzó una aguda exclamación en la cual se expresaba claramente el desconcierto que invadía su ánimo. Retrocedió un paso y luego, agachándose, miró a Ed por debajo del casco.

El gambusino bufó coléricamente.

—¿Qué diablos ha pasado ahí? — masculló —. SI no suben lo que se llevan entre manos, sáquenme de este túnel cuanto antes.

—Ten un poco de calma, Ed — le recomendó juiciosamente Renata. Acto seguido, se dirigió hacia el científico —: ¿Qué ha sido eso, Ullsoy?

—No lo sé, no lo sé— respondió el hombre, hecho un puro lio—. Es la primera vez que eso ocurre y...

—No soy muy entendido en esta clase de artefactos, e ignoro completamente su manejo, pero ¿no habrá sido debido a un exceso de tensión, o algún defecto de construcción su avería? — sugirió Mosty.

Ullsoy sacudió enérgicamente la cabeza muy ofendido.

—¡Imposible! Este aparato lo construí yo mismo y hasta ahora nunca me había pasado nada semejante.

—Sería porque no se encontraron nunca una cabeza tan dura como la mía. Si hubiera estado aquí mi Mary, ella les habría dicho que todo cuanto hicieran por saber lo que yo pienso es perder absolutamente el tiempo.

—Todo esto se debe a un accidente tan desgraciado como imprevisto — dijo Úllsoy muy ofendido—. Pronto repararé la máquina y entonces...

—Me parece muy bien, lavasesos — comentó el gambusino —. Y mientras tanto, ¿por qué no me sacan de aquí? ¿Es que se han pensado que soy un fakir?

Procurando ocultar la decepción y la contrariedad que sentía, Ullsoy, con ayuda de sus colegas, hizo lo que le decían. Ed salió de debajo del casco, sonriendo a través de su barba con aire satisfecho, al mismo tiempo que se rascaba con fuerza la cabeza.

—¡Diablos, cómo pica!—comentó; y luego, volviéndose, atizó otra terrible palmada en la espalda de Ullsoy, haciéndolo vacilar notablemente—: Bueno, ya me avisarás cuando todo este aparejo esté listo otra vez, ¿eh?

El científico no contestó. En lugar de ello, ss retiró a un lado, cambiando impresiones con sus ayudantes, en tanto que Ed continuaba con su voluble charla.

—Conque psicopolicías, ¿eh? A mí me han parecido psicoestúpídos, vaya lio hacen más que darle inedia vuelta a la manivela y, ¡pum!, el proyector que estalla. ¿De dónde...?

—Basta ya, Ed, por el amor de Dios — cortó Mosty—. Nos vas a levantar dolor de cabeza con tanta palabrería y aquí no venden aspirinas.

El gambusino hizo una mueca.

—Ni «whisky» tampoco, a lo que veo. Oye, Renata, ¿no usáis aquí nada que se le parezca?

La muchacha movió la cabeza en sentido claramente negativo.

—Lo siento, Ed; pero aquí no usamos alcohol, cuando menos para beber.

—Pues es una lástima, porque no sabéis lo que os perdéis. Y lo malo es que yo...

Ed se calló porque, en aquel momento penetró el teniente Wafar, seguido por sus dos hombres, el cual, avanzando decididamente hacia el trío, se detuvo a dos pasos de ellos.

—Deberéis acompañarme — dijo con voz tajante.

—¿Acompañarte? Y ¿dónde, si se puede saber?

—A presencia del jefe de la Psicopolicía, como sospechosos de ser los espías de Spagor. Y la muchacha, como culpable de haberos introducido en Dakrena, también vendrá con vosotros.

Un gélido silencio siguió a las palabras del teniente, en tanto que Mosty, con el rabillo del ojo, se daba cuenta de la complacida expresión de Ullsoy.

CAPÍTULO IX



OSTY advirtió instantáneamente de dónde partía aquel nuevo golpe, que prometía tener una dureza de lo que habían carecido los demás. La expresión del psicointerrogador Ullsoy no podía ser más significativa, y el joven comprendió en un instante que aquel hombre, no pudiendo salir del paso por sus medios científicos, debido a la inesperada avería en la máquina, se había descargado de la responsabilidad llamando a Wafar y sus hombres.

El joven suspiró, decepcionado. Lo mismo en su planeta que en cualquiera otro, todos los seres con aspecto humano eran los mismos y tenían las mismas apetencias y debilidades. Atraído por la curiosidad, había seguido a Renata pese a las incesantes protestas del gambusino, pero ahora lamentaba no haber sido más enérgico y haberse quedado en la Tierra, aun corriendo el riesgo Que suponía el tener que dar explicaciones sobre la muerte de aquellos tres hombres en el hotel de Miami.

Sin embargo, había alguien que no estaba conforme con la decisión adoptada per el psicopolicía. Ed Weston lanzó un gruñido de desprecio y dijo:

—Yo no voy. Lo único que quiero es que me devuelvan a mi planeta cuanto antes y se dejen de tonterías conmigo. Estoy aquí a la fuerza y si piensan que voy a seguir ese juego estúpido, es que,..

La mano de Wafar se extendió.

—¡Apresadles! —rugió, dejando de lado toda consideración.

Los psicopolicías avanzaron hacia ellos, con porte decidido. Alargaron sus brazos, pero no pudieron terminar su gesto.

El puño del gambusino se disparó. Se oyó un seco chasquido y, al instante, uno de los guardias, fulminado, se desplomó al suelo. El otro, sorprendido más que asustado retrocedió un paso.

—¡Imbécil!—-gritó el teniente, saltando hacia adelante.

Pero ahora era ya Mosty quien, también un poco cansado de todo aquello, había decidido unir sus esfuerzos a los de su amigo.

Renata chilló horrorizada al darse cuenta de lo que hacían sus dos huéspedes. Trató de impedirlo, pero era ya tarde.

Mosty lanzó un derechazo que hizo retroceder violentamente al teniente. Wafar tropezó con una silla y volteó aparatosamente, los pies en alto. Pero era hombre duro y resistente y, recuperándose, se arrojó de nuevo a la lucha.

Mientras tanto, Ed seguía peleándose con el otro guardia, quien no se había dejado coger tan desprevenido como su compañero. El viejo luchaba con un ardor inusitado, al mismo tiempo que de su garganta salían feroces aullidos que estremecían la atmosfera. Utilizaba los pies y las manos, sin discriminación, y pese a la desventaja de fuerzas y edades, mantenía a raya a

su contrario.

Por su parte, el joven seguía peleándose encarnizadamente con Wafar. Con el rabillo del ojo vio que el otro guardia se incorporaba y, para hacer frente a la nueva contingencia, disparó un terrorífico derechazo, que hizo planear a su contrincante, aplastándolo contra uno de los aparatos próximos. Wafar se deslizó al suelo y quedó inmóvil.

En el momento en que el segundo de los psicopolicías se le arrojaba encima, Mosty sintió que alguien le asía del cuello por la espalda. Echó las manos hacia atrás y luego, flexionando todo su cuerpo, arrojó al nuevo combatiente sobre el guardia, derribándolos a ambos en confuso montón.

Se volvió, junto a tiempo para esquivar el furioso ataque del otro ayudante de Ullsoy. Adelantó la izquierda, parando un colérico golpe, y luego clavó su derecha en el estómago del hombre. Éste se dobló con una agónica expresión en su rostro, expresión que fue borrada instantáneamente por un fenomenal gancho en la mandíbula que lo mandó en el acto al país de los sueños.

El psicopolicía y el otro ayudante saltaron a una sobre el Mosty se deshizo del segundo mediante el expeditivo procedimiento de clavarle la punta del pie en el vientre, pero no pudo evitar un terrible impacto en el pecho que, además de dejarle momentáneamente sin respiración, lo arrojó hacia atrás con enorme fuerza. El joven reculó y hubiera caído al suelo, de no haber sido porque unos brazos le sujetaron.

En el primer momento, pensó que aquellos brazos eran los de Renata. Se enderezó, al mismo, tiempo que murmuraba una frase de gratitud, pero cuando quiso saltar hacia adelante para encontrarse con el psicopolicía advirtió su equivocación; Además de impedirle la caída, aquellos brazos, los de Ullsoy, le sujetaban, impidiéndole todo movimiento.

No podía hacer ya más que una cosa. Levantando los pies, los disparó al unísono contra el guardia, en el momento en que iba a ser alcanzado por éste, haciendo palanca con su propia espalda apoyada en el pecho de Ullsoy. El guardia lanzó un alarido de dolor y, llevándose las manos al vientre, rodó por el suelo, dando saltos convulsivos.

Al hacer tal movimiento, Ullsoy, que no se lo esperaba, cayó hacia atrás, recibiendo sobre su cuerpo todo el peso del de Mosty. Este oyó un ruido seco y al instante notó que la presión de los brazos del psicointerrogador se aflojaba instantáneamente.

Renata lanzó un agudo grito de advertencia. Instintivamente, Mosty se lanzó a un lado, al mismo tiempo que, fallado el golpe, un cuerpo pasaba por su lado, estrellándose contra el duro pavimento. Wafar, que ya se había recuperado, lanzó un aullido de rabia y de dolor, y se revolvió, incorporándose furiosísimo.

Los dos hombres intercambiaron golpes durante unos momentos, sin pensar en absoluto en el daño que recibían, sino únicamente en causárselo a su

adversario. Mosty recibió un derechazo en un hombro que le hizo girar aparatosamente y, al extender los brazos para apoyarse en algo, fue recibido en los de un psicopolicía, que trató de sujetarlo.

Pero el joven deshizo el abrazo por el sencillo procedimiento de levantar la rodilla. El hombre se desplomó, estremeciendo el ambiente con sus aullidos de dolor.

En aquel instante, Mosty se percató de algo que le hizo vacilar una décima de segundo. El gambusino estaba tendido en el suelo, con una plácida expresión de inconsciencia en su arrugado rostro. Ei psicopolicía que le había derribado volvía en aquel momento las espaldas al caído, dirigiéndose a ayudar a su superior.

Ei joven oyó un terrible grito de la muchacha.

—¡Cuidado, Mosty!

Se volvió rápidamente. Pero ya era tarde.

Algo muy duro, que no era carne ni hueso, caía sobre su cabeza. Levantó el brazo, intentando parar el golpe, mas ya no se podía hacer nada. Hubo un estallido y Mosty sintió que las piernas se le doblaban al mismo tiempo que el suelo parecía subir a su encuentro.

Cayó, apoyándose con las manos, al mismo tiempo que hacía desesperados esfuerzos por no perder totalmente el conocimiento. Sacudió la cabeza, tratando de alejar las brumas que velaban su visión. Más otro segundo golpe, ahora en la nuca, acabó de tumbarlo.

Sin embargo, Mosty no perdió totalmente el conocimiento. Sintiendo en su mejilla la consoladora frialdad del pavimento, pudo escuchar todo lo que se hablaba en aquel aposento.

Wafar parecía muy irritado por los golpes que había recibido y discutía ásperamente con la chica. Ésta trataba de defenderse del acoso del psicopolicía.

—Tú eres una traidora y estabas de acuerdo con estos dos espías—gritaba Wafar.

—No toleraré que me insultes, teniente — contestó enérgicamente la muchacha —. Ni estos hombres son espías ni tú ni tus jefes sabéis lo que os estáis haciendo.

—¡Calla! Estas palabras pueden costarte muy caro, muchacha. De todas formas, no es a mí a quien tienes que dar las explicaciones acerca de tu incalificable conducta.

—Yo no hice más que cumplir con las órdenes que se me dieron — se defendió la muchacha —. Estos dos hombres fueron recogidos por mí en su planeta de origen y desde ahora puedo asegurar que no tienen de agentes secretos spagorianos más de lo que puedas tener tú mismo.

Wafar torció la boca en una siniestra sonrisa.

—Será mejor que guardes la fuerza de tus explicaciones para el momento en que seas psicointerrogada como mereces. Muchachos, ayúdenme a levantar a este...

El teniente se interrumpió súbitamente. Notando que el conocimiento le volvía poco a poco, Mosty movió la cabeza tratando de centrar todos sus pensamientos en su recuperación. Pero, no obstante su aturdimiento, advirtió que Wafar estaba jurando terriblemente, increpando con toda imparcialidad a sus hombres y poniéndolos de vuelta y media. Les gritaba como un energúmeno:

—¡Estúpidos! ¡Imbéciles! ¡Bestias! ¿En qué estabais pensando que os habéis dejado escapar al viejo? ¡Dad la alarma inmediatamente! ¡Que cierren todas las salidas del edificio, aprisa! ¡Moveos, idiotas!

Mosty sonrió para sí, al mismo tiempo que trataba de hacer verdaderos esfuerzos por levantarse. No sabía qué iba a salir de todo aquello, pero estaba seguro de que, por el momento, el gambusino se había salido con la suya. Ed podría no ser un científico, pero para ciertas cosas, su cerebro funcionaba mucho mejor que el de un sabio, sobre todo cuando empezara a utilizar sus naturales dotes de astucia y zorrería. «Estos dakrenianos se creen muy listos, pero aún no saben, de qué es capaz una sesera humana cuando se ve en apuros. ¡Lástima que Ed no se hubiera dejado afeitar la barba! Ahora podría pasar mejor desapercibido y...»

Alguien tiró de sus hombros, haciéndole incorporarse con violencia.

Se puso en pie a la fuerza, encontrándose frente a frente con los ardientes ojos de Wafar.

—Tu compañero, ¡maldito sea!, se ha escapado —aulló el psicopolicía—. Pero no tardaremos en pescarlo, ¿sabes?, y entonces...

—Mosty sonrió con un gesto lleno de estolidez.

—Y a mí ¿qué me cuentas de todo eso? — Dijo —. Yo no pertenezco a la psicopolicía; yo no he de capturarlo; yo no estaba encargado de su custodia...

—¡Calla! — gritó exasperado el teniente, pues de sobra comprendía las razones del terrestre, y sentía un pánico cerval al pensar en lo que le podía ocurrir cuando diera cuenta de lo ocurrido. Trataba de dominar su miedo, escudándose en los gritos, pero Mosty se dio cuenta de ello y atizó aún más el fuego de su ira.

—No sé quién — dijo—es el que ha metido aquí el remo hasta el puño, Wafar; pero en estos casos, los superiores se sacuden las pulgas como pueden, y entonces todos los palos van a parar a los de abajo. ¿Me entiendes?

—Yo he cumplido con mi deber, y en cuanto a tu amigo, no tardará mucho en ser hallado. No puede salir de este edificio; no conoce los caminos y, además, tampoco conoce la ciudad. De modo que, un rato u otro, acabará por ser apresado, ¿sabes?

Mosty alzó los hombros.

—Eso es cuestión ya de vuestra inteligencia, amigo. A mí no tienes que contarme nada de lo que pensáis hacer para buscar a Ed.

—Basta ya ele charla — cortó Wafar impaciente—. Ahora me seguiréis tú y la chica, y mucho cuidadito con hacer ningún gesto sospechoso, que no conseguiría sino agravar aún más vuestra situación. ¡Caminad!

—No estaremos nunca peor de lo que ya estamos —comentó Mosty con calma, y miró los ojos llenos de lágrimas de la muchacha, que se había emparejado a su lado.

—Siento de veras lo ocurrido, Mosty — dijo Renata a punto de romper en sollozos—. De haber sabido que iba a pasar todo esto y el trato que se os iba a infligir, no os hubiera arrancado de la Tierra.

—Ahora ya es tarde para lamentarse—contestó fríamente el joven—. Sólo nos queda aguardar y ver lo que piensan hacer con nosotros esta manada de esbirros.

La muchacha meneó la cabeza con un gesto lleno de pesimismo,

—Están obsesionados por la idea del agente spagoriano y no pararán hasta hallarlo...

—Conozco el paño, Renata. Si se empeñan, nos lavarán el cerebro de tal forma que acabaremos confesando que, efectivamente, somos espías de vuestros enemigos. Pero, puesto que no lo somos, esta manera de obrar no es más que una burda imitación de la del avestruz, escondiendo su cabeza bajo la arena para no ver el peligro. Sinceramente, no sé cómo Spagor no se ha metido ya en el bolsillo a Dakrena, a no ser que...

—¿Qué, Mosty?—-inquirió ella anhelante.

—A no ser— dijo él con dureza— que tengan la cabeza tan dura como vosotros. Porque, la verdad, en mi vida he visto un modo tan estúpido de hacer las cosas.

Renata enrojeció, pues comprendía la verdad de las palabras del joven. Pero, sintiéndose tan culpable como la que más, no se atrevió a contradecirle. Realmente, no había medio de replicar a aquellas frases, tan cargadas de razón.

Unos minutos más tarde, la pareja era introducida en una gran estancia, muy parecida en el tamaño y disposición, al laboratorio psicológico en que habían estado antes, aunque desprovista de aparatos, excepto uno que parecía ser un grabador de sonido al mismo tiempo que de imágenes. El aparato estaba situado a la derecha de una mesa que había sobre un estrado, al otro lado de la cual se hallaban tres hombres, vestidos de la misma manera que Wafar, pero cuyas rutilantes hombreras denotaban la elevada categoría de que disfrutaban.

Wafar se detuvo, junto con los prisioneros, a pocos pasos de la mesa y, tras

saludar, emitió su informe. Terminó, dirigiéndose al personaje que presidía aquel singular tribunal:

—En cuanto al otro espía, he dado órdenes severísimas para que sea buscado por todos los rincones y detenido a cualquier precio, Stagwan.

El hombre llamado Stagwan se acarició pensativamente la mandíbula y dejó que su vista resbalase con cierta cortés indiferencia por los rostros de Wafar y sus prisioneros.

—Has hecho bien, teniente — dijo—. Has hecho bien... ahora, porque antes obraste del modo más estúpido que imaginarse pueda. Nunca debiste consentir que uno de tus prisioneros se escapara, Wafar.

—Lo siento; luchaban como demonios y...

—En estos casos, las disculpas no valen y tú lo sabes bien. No puede haber fracasos en la psicopolicía. Wafar— dijo severamente Stagwan—. No puede haberlos, porque de lo contrario, ¿a dónde iríamos a parar? En Dakrena se nos tomaría a chacota; perderíamos todo nuestro prestigio y autoridad y... Bien; deberás sufrir el castigo consiguiente.

Mosty se dio cuenta de que Wafar palidecía horriblemente, al mismo tiempo que gruesas gotas de sudor le bañaban la frente y el rostro.

—¡Hice lo que pude! — gimoteó, perdida toda su arrogancia.

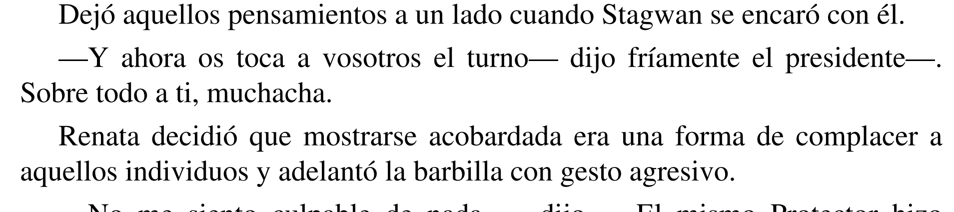
—Debieras haberte dejado matar antes de que se te fugara uno de los prisioneros. Ese hombre anda suelto ahora por este edificio. Si, como suponemos, es un agente de Spagor, la vida de nuestro Protector y, por consiguiente, el destino de todo Dakrena, está en sus manos, corriendo un gravísimo peligro. Y todo por la estupidez de un hombre que ha sido educado para no ser precisamente un estúpido.

—No lo haré más; yo mismo iré a...

—¡Silencio, Wafar! —cortó Stagwan secamente—. Oye nuestra sentencia. Vas a pasar a la sección de modificaciones cerebrales, en donde te harán perder tu rango, degradándote, durante diez años, al nivel de un cuidador de los hornos nucleares que alimentan nuestras plantas de fuerza. Si al término de ese plazo, das señales de recobrar tu inteligencia primitiva y tu comportamiento es irreprochable, veremos de devolverte de nuevo a nuestro cuerpo, aunque, claro, volverías a empezar por las clases más inferiores

Waffar se mordió los labios hasta hacerles brotar la sangre. Quiso decir algo, pero sólo un sonido ronco, ininteligible, salió de su garganta.

A una señal de Stagwan, los dos hombres que Wafar tenía al lado lo tomaron por los brazos, llevándoselo, pese a sus bestiales alaridos de protesta. El joven terrestre observó pensativamente la escena, diciéndose para su capote que no merecía alardear tanto de civilización cuando ésta era solamente mecánica y que, pese a las cosas quo sucedían en la Tierra, no podían compararse ni de lejos con las que estaba viendo.



Dejó aquellos pensamientos a un lado cuando Stagwan se encaró con él.

—Y ahora os toca a vosotros el turno— dijo fríamente el presidente—. Sobre todo a ti, muchacha.

Renata decidió que mostrarse acobardada era una forma de complacer a aquellos individuos y adelantó la barbilla con gesto agresivo.

—No me siento culpable de nada — dijo—. El mismo Protector hizo grandes elogios de mí y del éxito de mi misión no hace mucho.

—Todos podemos equivocarnos... — empezó a decir reflexivamente Stagwan, pero Renata le cortó impetuosamente.

—El Protector no se equivoca jamás—dijo.

—Por supuesto — sonrió Stagwan retorcidamente—. No se equivocó en cuanto al éxito de tu misión, la cual, es cierto, fue llevada a cabo de una manera completamente satisfactoria, pero entonces ignoraba la existencia aquí del agente spagoriano...

—Otras personas como yo han llevado a cabo misiones análogas. ¿Por qué no habían de ser éstos los que introdujeran precisamente al espía?

—Porque ninguno de los que trajeron se comportó ele la forma en que lo han hecho tus dos amigos.

—Viven en un mundo — dijo orgullosamente Renata—, donde cada uno de sus habitantes se considera un rey. Y yo les envidio por ello, diciendo la verdad sin temor a lo que pueda ocurrirme.

—¡Bravo, muchacha! — dijo Mosty entre dientes.

—¡Silencio! —gritó Stagwan—. Vamos a proceder ahora a un interrogatorio en forma y...

Mosty alzó la mano, atrayendo sobre sí las miradas.

—Por favor, no más preguntas. Yo declararé de buen grado lo que ustedes quieren saber.

Todos le miraron enormemente sorprendidos. Renata incluida. Mosty sonrió y dijo:

—No se molesten más ni nos cansen a la chica y a mí. El agente secreto spagoriano que buscan lo tienen ustedes delante de sus cortas narices: ¡Yo!

CAPÍTULO X



N la estancia se produjo un gran silencio, comparable únicamente a lo que podía haber ocurrido sí, de repente, se hubiera extinguido todo sonido en el mundo. Renata y los jueces miraron a Mosty completamente estupefactos, no dando crédito aún a las palabras, recién pronunciadas por el joven.

La muchacha dio un paso atrás, instintivamente, sin poderse reprimir.

—¡Tú... nacido en Spagor! —dijo; y Mosty comprendió al instante los sentimientos de decepción que acababan de nacer en el ánimo de la muchacha.

Sonrió calmosamente.

—Así es, en efecto — dijo—. He nacido en Spagor y, viendo que he fracasado en mi misión, no me queda otro remedio que entregarme a la benevolencia de mis juzgadores.

—Pero... pero yo... yo te encontré en la Tierra, Mosty...— balbuceó Renata, atónita, llena ele un total y lógico desconcierto.

—¿Es que el viaje espacial es privativo únicamente de los dakrenianos? —sonrió él con desdén.

Sin embargo, antes de que Renata pudiera volver a hablar, Stagwan golpeó inertemente la mesa con su puño cerrado.

—¡Silencio, muchacha! A partir de ahora, no hablarás en tanto yo no lo permita, ¿me has oído? No estás aquí como acusadora, sino como acusada.

—¡Yo también he sido engañada y exijo que se me dé una reparación! —.gritó ella, terriblemente ofendida.

Mosty se dio cuenta de que en el ánimo de Renata, por encima de sus sentimientos particulares, prevalecían los demás.

—No tienes derecho a pedir nada, porque no debiste dejar que este hombre te engañara. Consciente o inconscientemente., has sido su cómplice, cosa que determinaremos más adelante, y entonces veremos la resolución que hemos de adoptar contigo. Mientras tanto, calla o te encerraré.

Renata apretó los labios, al mismo tiempo que, levantando, la cabeza, desviaba su vista de la de Mosty, de cuya boca no desaparecía ni por un momento la sonrisa. El joven volvió, sus ojos hacia los de Stagwan, quien acababa de hablarle en aquel momento, reanudando su investigación.

—De modo que confiesas haber nacido en Spagor, ¿no es así?

—Cierto, y no tengo por qué negarlo.

—¿En qué planeta?

Mosty hizo un gesto despectivo.

—¿Qué importancia puede tener esto ahora?— dijo el joven—. Debe bastaros con que soy el hombre a quien buscáis. Creo que es más que suficiente, ¿no?

Stagwan hizo una mueca. Luego inquirió:

—¿Qué propósitos te guiaban al venir hasta Dakrena?

—Es muy sencillo adivinarlo— contestó el joven, con una amplia sonrisa ¿Cuáles son las causas por las que enviaríais a uno de vuestros agentes a la capital de Spagor?

—No eres tú quien pregunta, sino nosotros—rugió Stagwan—: ¡Contesta de una vez!

—Oh... pues vine a tantas cosas que en realidad ya no me acuerdo de ellas bien... Matar al Protector, por ejemplo... Averiguar el secreto de vuestros proyectores que decuplican la velocidad de la luz, transformándola en energía, destructora... o también preparar el terreno para otros agentes,.. Quedaos con lo que más les guste; no rechazaré las acusaciones.

Stagwan frunció el ceño.

—¿No te das cuenta de que las palabras qué acabas de pronunciar pueden costarte muy caro? ¿Te imaginas la pena que tienen los espías a quienes se les apresa en fraganti»?

Mosty hizo un vago ademán con una mano como si no le importara.

—Hombre, la verdad... En todos los países, al espía que se aprisiona durante un conflicto bélico se le cuelga de un árbol o se le fusila; de modo que

no imagino por qué vosotros vais a ser distintos a los demás — contestó el joven con toda frescura, entre el desconcierto de sus jueces y el espanto de la muchacha.

Pero Stagwan se recuperó bien pronto y, echándose hacia adelante, juntó sus manos y miró fijamente a Mosty.

—Luego, confiesas que eres un espía de Spagor?

Mosty se golpeó la boca para ahogar un simulado bostezo.

—Me parece haberlo dicho ya en más de una ocasión — contestó —. Lo único que quiero es terminar cuanto antes.

La mano de Stagwan señaló hacia la máquina que, colocada sobre una mesita auxiliar, enfocaba directamente sus objetivos hacia el joven.

—¿Te das cuenta de que ese aparato registra claramente, de manera imborrable, todas tus palabras, sin perder al mismo tiempo ninguno de tus gestos?

—Me lo supongo — contestó Mosty, arrojando una ojeada indiferente al artefacto.

—¡Éstas serán las pruebas que te condenen, espía. Tú mismo fijaste antes la sentencia, que nosotros damos por pronunciada, a falta, únicamente, de que nuestro Protector la confirme.

—Me supongo que diré «¡béee, béee...!», como un corderito, a lo que vosotros decidáis; de modo que...

Mosty se interrumpió y, casi de modo automático, se acercó al aparato, examinándolo con curiosidad.

—En nuestro planeta — dijo—, también los tenemos parecidos a éste. No está mal para ser construido aquí, en Dakrena...

—Aléjate, de ahí — tronó Stagwan—. Ese no es tu sitio.

—Oh, dispénsame, yo sólo quería ver... Pues no, no pesa mucho; algo menos de lo que yo creía...

Mosty se interrumpió al mismo tiempo que en la estancia se oían un grito de Renata y unos rugidos de rabia y cólera de Stagwan y sus dos colegas. El joven acababa de alzar la máquina registradora de imágenes y sonidos y la había alzado sobre su cabeza, con intenciones fáciles de prever,

El pesado artefacto salió despedido con terrible fuerza de sus manos. Alcanzó de lleno a Stagwan y a otro de sus colegas, derribándoles con las piernas en alto, al mismo tiempo que les hacía prorrumpir en agudos chillidos de dolor y espanto.

El otro juez se puso en pie, solamente para recibir, en pleno rostro, el dernoledor impacto de la mesita auxiliar. Con la cara ensangrentada se desplomó en el suelo hecho una pelota, sin moverse ya.

Stagwan y el otro, enredados por sus brazos y sus piernas, pugnaban por

deshacer el lío e incorporarse, en tanto que de sus bocas salían gritos de cólera. Mosty, sin dejarlos respirar; se arrojó sobre gran mesa, apoyando sus manos en el borde.

Los músculos de sus brazos amenazaron con hacer estallar la tela que los cubría cuando el joven acumuló todas sus fuerzas en aquel punto. Lentamente, la mesa se fue levantando, hasta que, con sordo choque, acabó por volcarse, atrapando debajo a los jueces, cuyos alaridos cesaron casi al instante.

Sin perder un segundo, Mosty tomó la mano de la muchacha y, pese a sus protestas, la arrastró tras sí.

—¡Vámonos, Renata! —gritó—. Aquí nuestras cabezas corren un serio peligro.

—No podremos salir del edificio, Mosty — gimió ella, sin dejar de correr, pareciendo mejor que volaba, remolcada por el joven.

—Ya encontraremos el medio. Por lo pronto—dijo, una vez franqueada la puerta—ya estamos fuera de esta maldita sala.

Aparecieron en un largo corredor, a cuyo extremo había una escalera. Corrieron hacia allí, impulsados por toda la velocidad que pudieron imprimir a sus piernas, pero en el momento que llegaban al primer escalón, un rostro se asomó, con los ojos enormemente dilatados por el asombro.

A juzgar por sus distintivos, debía ser un oficial de la psicopolicia. Pero Mosty no le dejó respirar tan siquiera; alargó el puño derecho con todas sus fuerzas, y al instante se oyó el terrorífico chasquido de unos huesos al quebrarse. El hombre, privado instantáneamente del conocimiento, perdió el equilibrio, rodando aparatosamente por los peldaños hasta el rellano más próximo.

La pareja descendió la escalera y, al pasar junto al cuerpo tendido en el suelo, Mosty se fijó en un detalle.

Inclinándose, sacó del cinturón del psicopolicía un artefacto muy parecido a un revólver.

—¿Qué es esto? — miró inquisitivamente a la mu-chacha.

—Una nervopistola— Contestó ella.

—¿Nervo... qué?—preguntó Mosty, completamente estupefacto.

—Una nervopistola, Mosty. Apretando el gatillo, se disparan unos proyectiles que destruyen el sistema nervioso o, simplemente lo alteran, según la graduación de intensidad que se dé al arma.

—¿Y cómo se maneja esto, muchacha?

Renata vaciló un segundo, pero acabó por enseñárselo. Mosty entonces sonrió y dijo:

—Ponlo a intensidad mínima, Renata. En realidad, sólo quiero irme de aquí, y con atontar a mis enemigos tengo más que suficiente. No me gustaría matar a nadie, créeme.

Ella asintió, y luego devolvió el arma al joven. Lo miró ansiosamente.

—¿Crees que podremos escaparnos, Mosty?

—Tú, que eres dakreniana, puedes saberlo mejor que yo, que no conozco este planeta.

Renata movió la cabeza, en tanto que de sus ojos se desprendían dos gruesas lágrimas.

—No podremos, Mosty, no podremos. Ahora todos se echarán contra nosotros y...

—Les daremos antes un poco de guerra, si la buscan— dijo el joven, apretando las mandíbulas. Tomó de nuevo la mano de la muchacha y echó a andar, descendiendo a toda velocidad los peldaños —. ¡Vamos!; algún modo habrá de salir de este infierno, digo yo.

Continuaron descendiendo a la carrera. La escalera era bastante amplia y se enroscaba sobre sí misma, pero no en forma cuadrada como las convencionales que conocía el joven, sino pentagonal, siguiendo aquel extraño orden geométrico que parecía peculiar de Dakrena. A la altura de sus cabezas y a todo lo largo del muro, corría una especie de panel translúcido, como de un metro de anchura, también en sentido descendente paralelo a los peldaños, cuyo panel de pronto se iluminó en toda su longitud

Renata lanzó un agudo grito.

—¡Están dando la alarma!

Antes de que hubiera terminado de hablar, numerosos polígonos de todos los colores y tamaños empezaron a correr velozmente a lo largo del vidrio, en Una danza alocada y absurda que obligó al joven, por unos momentos, a cerrar los ojos para no marearse. Pero, después de este momento de lógica indecisión, continuó su marcha.

Dos psicopolicías les salieron de pronto al paso, empuñando sendas nervopistolas. Mosty fue más rápido y disparó la suya velozmente, derribándolos en medio de espantosas convulsiones. Parecían presa de un ataque de epilepsia.

Saltando por encima de aquellos cuerpos que se retorcían en el suelo, la pareja continuó el descenso. Bruscamente, la escalera concluyó en un amplio rellano pentagonal.

Varias puertas, se abrieron de golpe, al mismo tiempo que numerosos agentes salían por ellas, armados cada uno con su correspondiente nervopistola. Mosty comprendió que no podían seguir adelante, pero, dispuesto a no entregarse, dio media vuelta.

Se detuvo al instante. Un compacto pelotón de agentes bajaba en silencio hacia ellos y en una actitud que no dejaba el menor resquicio a la duda.

Sintiéndose completamente fracasado, Mosty arrojó al suelo la nervopistola. Rodeó con un brazo los hombros de la muchacha y dijo:

—Esto se acabó, muchacha; es nuestro fin.

Renata asintió con lágrimas en los ojos, viendo que, a cada instante que transcurría, el cerco se iba estrechando. Podían considerarse prácticamente como prisioneros primero y muertos poco después.

Pero antes de que los psicopolicías les tocaran siquiera, una potente voz se difundió por todos los ámbitos.

—¡Dejen libre a la pareja! ¡Condúzcanla a presencia del Protector! ¡Inmediatamente!

El tono de aquello voz era lo suficientemente enérgico para que aquellos hombres se atrevieran siquiera a desobedecer la orden. Y, en aquellos momentos, lo único que se le ocurrió pensar a Mosty fue que su tortura se iba a alargar un poco más, pero que el final no iba a variar en absoluto.

* * *

Para Renata, la habitación del protector era ya conocida. Mosty no hubiera hecho el menor comentario acerca de la estancia, a no ser porque en ella había un personaje a quien casi habían ya olvidado: ¡Ed Weston!

Los grises ojillos del gambusino reían irónicamente en tanto que medio sentado en un ángulo de la mesa tras la cual se hallaba el protector, se limpiaba las uñas con la punta de su famosa navaja. Sobre la mesa se veía un gran pliego de papel, y con el cuerpo muy erguido, el Protector los miraba, sin hacer caso, al parecer, del hilillo de sangre que le corría por el lado izquierdo de su fláccido cuello.

—Pasad, muchachos, pasad — dijo Ed festivamente—. Pasad de una vez y consideraos a partir de ahora como en vuestra propia casa. Podéis desechar vuestros temores, tanto el uno como el otro. La cosa, chicos, ya se ha acabado.

—¡Ed Weston, el espía! —murmuró Renata, estupefacta.

—Nada de espía — protestó vivamente el aludido—. Solamente un enviado especial plenipotenciario de Spagor, el cual acaba de convencer a nuestro buen amigo Darcos para que firme un tratado de paz entre los dos grupos de constelaciones. En este momento puede deciros que la guerra entre Spagor y Dakrena se ha terminado ya.

Mosty miró reflexivamente hacia el rasguño que el Protector tenía en el cuello al lado de la yugular y comprendió al instante los «argumentos» que el fingido gambusino había utilizado para convencer a Darcos de la conveniencia de firmar el tratado de paz.

—Un trabajo muy hábil, en efecto, Ed — dijo; y añadió: — Si es que éste es tu verdadero nombre.

El agente spagoriano sonrió:

—¿Qué importa ahora mi nombre, muchacho? —. Se apoderó de la hoja de papel y la agitó jubiloso—: Esto es lo interesante ahora y lo he conseguido, de modo que...

—¿Cómo conseguiste llegar hasta aquí, Ed? — preguntó Renata, avanzando hacia él.

Ed se echó a reír.

—Tendría que perder mucho tiempo contando mis aventuras. Pero os bastará con saber que su misma seguridad les ha perdido. Bueno, pero eso ya pasó. ¿Qué importa lo demás ahora?

Mosty se acarició la barbilla.

—Ciertamente, Ed; ¿qué importa ahora lo demás, si has conseguido la paz que tanto ansiabas?

El agente frunció el ceño.

—Esto es algo que debiera haberse conseguido hace muchísimos años, a no ser por la tozudez del esperpento que tengo a mi lado. Ya lo veis; hecho una momia y, sin embargo, temblando ante la idea de que mi navaja penetrase demasiado en su sucio pescuezo. Él y nadie más que él tiene la culpa de la larga duración de este conflicto, pues en ningún momento quiso atender a las, demandas de paz que le hacíamos desde Spagor, solamente para satisfacer sus apetitos y ambiciones personales.

Renata miró con horror aquel hombre que permanecía rígido, inmóvil, frente a ella, imagen de la ruina viviente y la desesperación.

—Merecería mil veces la muerte — siguió el ex gambusino—; pero yo no soy quién para dársela, aunque bien sabe Dios qué tentaciones ya me entraron de empujar la navaja a fondo cuando la tenía sobre su garganta. Espero que los dakrenianos sepan lo que deben hacer al enterarse de todo y, también espero que supriman de una vez esa maldita psicopolicía, que no hace más que torturar y doblegar las conciencias a capricho de unos cuantos tipos afectados de megalomanía.

Mosty asintió.

—Bien supiste desempeñar tu papel, Ed — dijo Mosty a su compañero.

El aludido se echó a reír.

—Podrás o no creértelo, pero realmente estuve casado con una terrestre, aguardando pacientemente el momento en que a los de Dakrena se les ocurriese enviar agentes para recoger terrestres como han venido haciendo siempre con aquellos planetas habitados por personas suficientemente dotadas para servir a sus planes. ¡Uf!, no quisiera por nada del mundo repetir la experiencia.

—Sin embargo—dijo Mosty—, convendrás conmigo en que en la Tierra no se vive tan mal del todo Ed.

El antiguo gambusino guardó la navaja y el documento y se puso en pie.

—Sólo en el desierto, Mosty, sólo en el desierto —. Y, alargando la mano, tomó por el cuello a Darcos, cuyo abatimiento era tan grande, que no trató de protestar siquiera por el trato tan humillante a que era sometido —: Vamos, tú

— le increpó. —; hay que dejar libre a esta pareja para que se arrullen a gusto.

Renata enrojeció y bajó la vista al encontrarse a solas con el joven. Dijo tímidamente:

—Mosty, tendrás que perdonarme por haberte hecho correr tan graves riesgos...

El joven la tomó por los hombros.

—No te preocupes, muchacha. Ahora lo único que tienes que hacer es compensarme por todo lo que me has hecho pasar.

Renata sonrió comprensivamente. Se acurrucó junto a él y permaneció unos momentos así, estrechamente abrazada a su amado.

De pronto, un pensamiento cruzó por su mente. Se separó un paso, mirando al joven con aíre especulativo.

—Mosty—-dijo—, ¿por qué te acusaste tú de ser el espía si no lo eras?

—Precisamente por eso mismo, muchacha—contestó el interpelado—. Si yo no lo era, y lo tenía que saber a la fuerza, no podía ser otro que Ed. Naturalmente, cuando vi que se había largado, quise atraer la atención de los demás hacia mí. Así podría llevar mejor a cabo su misión.

—¿Sabías tú lo que Ed se traía entre manos?

Mosty denegó con la cabeza.

—No; pero tantas protestas no podían ser naturales, ¿comprendes?

Renata suspiró y sonrió, sin que se le ocurriera protestar cuando los labios del joven rozaron los suyos.

* * *

Mosty se hallaba con la espalda contra un grueso árbol y teniendo entre sus brazos a la muchacha. Era ya de noche y frente a ellos, casi en el límite de la Sierra con el desierto neomexicano, ardía alegremente una hoguera. Un pequeño aparato portátil de radio dejaba escapar las notas de una suave y cálida canción, muy propia para ser escuchada por los oídos de una pareja de enamorados. A veinte metros de ellos, la luna plateaba las claras aguas de un arroyuelo.

Súbitamente, el ruido de unas pisadas se escuchó en aquel hermoso semisilencio. Una voz humana lanzó un gruñido, soltó un par de tacos y luego dijo;

—¡Arre, Amado Mío, ¡Arre, Manolita! ¡Es hora ya de cenar y descansar!

Renata se incorporó de un salto, mirando a su esposo con ojos en los que brillaba la alegría y la satisfacción más profundas.

—¡Mosty, es Ed! ¿No has oído?

La conocida silueta del gambusino surgió al otro lado del arroyo. Renata se alzó sobre las puntas de los pies y agitó las manos, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Ed, Ed! ¡Somos nosotros, Renata y Mosty! ¡Estamos aquí!

El buscador de oro agitó su viejo sombrero.

—¡Hola, chicos! ¡Me alegro de veros! ¿Hay un poco de café por ahí?

—Todo el que quieras, Ed — dijo Mosty, sujetando por el talle a su esposa —. Y buen tabaco de pipa y Una botella de «whisky» también.

—¡Magnífico, muchachos! ¡Esto es vida, sí, señor! ¡Aguardadme un instante; ahora mismo voy!

Cuando el gambusino hubo cruzado el arroyo, Mosty le salió al paso con la botella en la mano. Ed la tomó y les guiñó el ojo alegremente.

—En nuestros mundos, chicos, habrá más ciencia, pero para saber vivir, nada mejor que este planeta, ¿verdad, Renata?

La muchacha sonrió y luego, volviéndose, apoyó la cabeza en el pecho de su marido, y dijo:

—Ed, para mí no hay mejor mundo que éste en que ahora me encuentro.

—Es que —murmuró Mosty—, en todo el Universo no hay otro planeta que se llame Tierra.



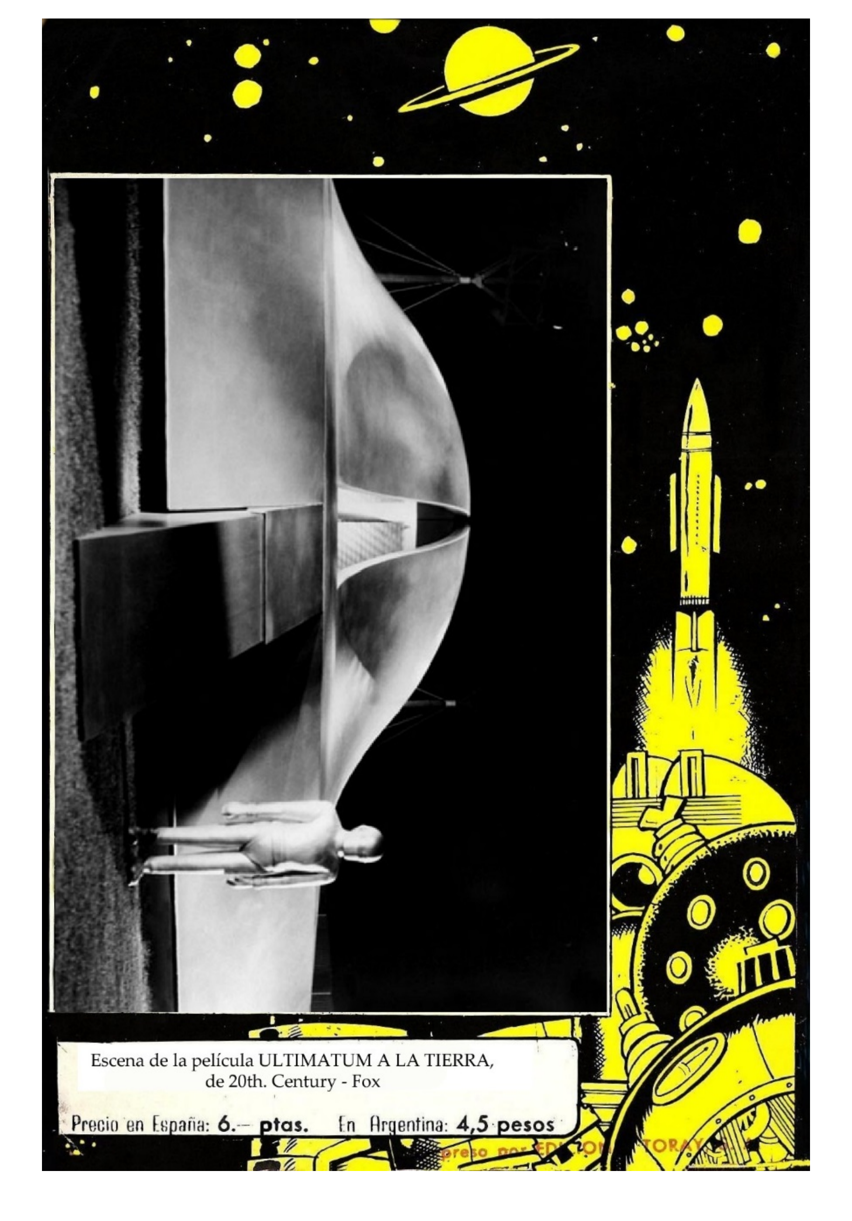


—Es un espía muy exigente; no quiere cantar si no se acompaña con la guitarra.

Los mercaderes del espacio obtenían el uranio a costa de la sangre de numerosos esclavos. Pero, para su castigo, existía la...

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — Satélite artificial. — *Johnny Garland*
2. — Intriga de la Galaxia. — *Louis G. Milk.*
3. — Ultrametrópolis. — *Law Space*
4. — ¡Mutaciones!. — *H. S. Thels.*
5. — Viaje al centro de Plutonia. — *Clark Carrados*
6. — Persecución en la órbita. — *H. S. Thels.*
7. — El país de los «robots». — *Clark Carrados*
8. — Atentado en el tiempo. — *Law Space*
9. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados*
10. — Operación Selene. — *Sylvester Strange*
11. — Los trabajos de Kabé. — *Clark Carrados*
12. — Mundos silenciosos. — *Johnny Garland*
13. — El zoo infinito. — *Clark Carrados*
14. — Microcosmos. — *Law Space*
15. — El trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*
16. — Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*
17. — El hombre que nació mañana. — *Johnny Garland*
18. — Objetivo: La Luna. — *Fel Marty*
19. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*
20. — Un mundo muerto. — *Red Arthur*
21. — Taum, Cazador estelar. — *Law Space*
22. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*
23. — La llegada de los «Zetas». — *Law Space*
24. — La nueva era. — *Clark Carrados*
25. — Guerra de satélites. — *H. S. Thels*
26. — El «robot» Espartaco. — *Sylvester Strange*
27. — El hombre de Júpiter. — *H. S. Thels*
28. — Maquiavelo artificial. — *Clark Carrados*
29. — «Zero». — *Johnny Garland*
30. — Huida al pasado. — *Law Space*
31. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*
32. — ¡Cuidado, terrestres!. — *Tom Argo*
33. — Solo un planeta. — *Clark Carrados*



Notas

[←1]

La palabra «mach» es el término que se emplea para describir una velocidad igual al sonido. (N. del A.)



Inteligence Anotient, cociente de inteligencia. (N. del T.)